



II Concurso de relatos cortos Codere

Día del libro

23 de abril de 2025





Índice

Las fotos que faltan (1er relato ganador)	3
Un café para Camila (2º relato ganador)	6
¡El monstruo bajo la cama sí existe! (3er relato ganador)	8
Por andar con el reloj	10
Luna: un viaje de resiliencia y descubrimiento	11
El gran torneo de dados de los dragones	15
La chica yeyé	17
Melancolía	20
Pausa	24
La granja	26
El Rey de los cartones.....	27
El sueño de Toto	29
Samuel el soñador	32
Aquello que me volvió humano	33
El sitio.....	35
Corazón de papel	38
Un raro D.IA.....	40
¡Positivamente, mi paz no es negociable!	41
Un día normal (1960 y 2025).....	44
Periodismo, amigo mío	47
Esbozo de una sonrisa	48
El lado oculto de Montevideo	49
Lucha de dioses	52
El observador invisible.....	54
Burlando el destino	55
El fin de la nada	57
Predere: el oráculo del asfalto.....	58
Voy más allá.....	61
La vuelta “casi” al mundo en 163 días	63
Rubina en acción	66
¡Ronda como una ronda!	67
El último guardián	69



Las fotos que faltan (1er relato ganador)

Sandra Nichte Murcia Pérez, México. Técnica de Prevención de Fraude Online.

Cuando Julia abrió el viejo armario de la casa de su abuela, lo hizo pensando en cajas, ropa vieja y olor a humedad. Lo que no esperaba encontrar era un viejo álbum de fotografías. Estaba guardado en una vieja caja al fondo del armario, parecía que lo habían guardado con la intención de que nadie lo encontrara, pero ahora, estaba ahí.

Se sentó en el suelo y lo abrió con manos temblorosas, pues al primer contacto, una sensación de tristeza le invadió todo el cuerpo. En las primeras páginas, había fotos con rostros conocidos, sonrisas detenidas, vestidos antiguos. Pero pronto notó algo más. En cada página, el centro estaba vacío. Las fotos principales, las más grandes, habían sido arrancadas con cuidado, dejando un espacio amarillento y limpio. Debajo, una inscripción a mano:

“Navidad ‘83”

“El cumpleaños de Nico”

“Visita al hospital”

“La boda de Raquel”

“Graduación”

Julia no le prestó atención al principio, pero al pasar más páginas, el patrón se repetía. Siempre la foto del centro. Siempre una fecha, un evento importante... y un vacío.

Esa noche, llevó el álbum a su cuarto y lo dejó sobre su escritorio. No logró dormir, pues la curiosidad la invadía. ¿Por qué su abuela mantenía así su álbum familiar? ¿Qué era lo que quería ocultar?

Al día siguiente le preguntó a su madre sobre la situación, notando que ella apenas la miró.

“Ella decía que había recuerdos que era mejor no mirar”

Julia no era alguien que se quedara con una respuesta a medias y estaba dispuesta a lo que sea para conseguir respuestas. Así que comenzó a preguntar. Primero a su tía, luego a primos, vecinos, conocidos de la infancia de su madre. Hasta que las piezas empezaron a encajar.

La “Navidad del ‘83” fue la última vez que toda la familia estuvo junta. Una semana después, su tío Nicolas murió en un accidente en la carretera. Tenía 11 años. La foto central era la única en la que aparecía él, abriendo un regalo, con una risa tan grande que parecía eterna.

“La visita al hospital” había sido cuando diagnosticaron a su abuelo con Alzheimer. Fue un día duro. Fue cuando él dejó de reconocer a su esposa por primera vez. La abuela lloró en el baño del hospital y, al volver a casa, arrancó la foto del álbum.

“La boda de Raquel” nunca ocurrió. El novio la abandonó días antes, y poco después perdió al bebé que esperaban. Nadie volvió a hablar de eso. La página del álbum quedó con la tinta corrida, como si alguien la hubiera tocado con los dedos húmedos.



“Graduación” era de su tío Rodrigo, quien fue expulsado de la escuela cuando descubrieron que era gay. Su familia lo apoyó... a medias. Lo suficiente para no echarlo, pero no tanto como para abrazarlo. La homofobia y las ideas tradicionalistas de la época solo provocaron que su tío se fuera de casa a los veinte. Nunca volvió. No había foto de su graduación porque nunca ocurrió.

Julia comenzó a entender que los huecos no eran descuidos. Eran heridas. Su abuela, en lugar de guardar los recuerdos difíciles, los había extirpado. Pensó que arrancarlos la protegería del dolor. Pero el silencio también lastima y deja cicatrices. Una conversación con una vieja amiga de su abuela fue lo que le hizo entender un poco más los motivos que tuvo en ese tiempo.

“Tu abuela tenía una forma particular de protegerse... como si al no hablar de lo que le dolía, pudiera hacer que simplemente desapareciera; a veces fingir que algo no pasó, es la única forma que encuentra el corazón para no romperse”.

Fue mientras miraba una de las páginas vacías, que sintió una punzada. No era tristeza, ni rabia sino un deseo profundo de llenar ese hueco, no con la foto que faltaba, sino con su historia. Con lo que había detrás. Con lo que nadie quiso contar.

Así empezó su proyecto.

Julia desempolvó grabadoras, visitó casas, hizo llamadas incómodas. Preguntó. Escuchó. Tomó notas. Algunos familiares lloraban al recordar. Otros, al principio reacios, acababan agradeciendo la oportunidad de hablar de lo que llevaban años guardando.

A cada hueco le asignó una memoria.

Donde faltaba la foto de Nicolas, colocó un relato escrito por su madre, hablando de cómo él amaba cantar. Le añadió una pequeña estrella de papel, igual a las que él colgaba del árbol.

Donde estaba la página del hospital, Julia dibujó la habitación blanca, con una silla junto a la cama. Escribió una frase que encontró en un libro, que sentía que quedaba para la ocasión: *“El amor, a veces, es llevar el recuerdo de dos corazones.”*

En la página de Raquel, pegó una flor seca, de las que su tía cultivaba ahora en su jardín. Abajo escribió: *“Hay nuevos comienzos que superan cualquier promesa.”*

Para Rodrigo, no encontró ninguna imagen. Pero su madre le dio una carta antigua. En ella, él decía: *“No me fui porque me odiaran. Me fui porque me dolía no sentirme amado del todo.”* Julia copió esas palabras con tinta azul.

El álbum comenzó a transformarse. Ya no era un cementerio de ausencias. Era un espacio vivo, donde el recuerdo y la dignidad se abrazaban. No trataba de revivir el pasado, sino de mirarlo con ojos nuevos. Sin miedo.

Y al final, Julia creó una última página.

Pegó una foto suya, de espaldas, sentada frente al álbum abierto. A un costado, una vela encendida.



Debajo, escribió: *“No vine a encontrar respuestas. Vine a darles un lugar.”*

La sanación, entendió, no siempre consiste en cerrar heridas, sino en darles un espacio en la piel sin que sangren.

Y así, las fotos que faltaban dejaron de ser fantasmas. Se convirtieron en faros. En memoria viva. En verdad aceptada.

Pues sanar no es olvidar. Es recordar sin romperse.

Un café para Camila (2º relato ganador)

Mariano Damián Caballero, Argentina. Coordinador de Reporting.

Las siete de la tarde. Llegas puntual Camila, como siempre. Nunca entendí por qué llegas tan temprano si él jamás pasa antes de ocho y media. ¿O acaso alguna vez pasó en otro horario? ¡Jamás Camila! Él cursa a las nueve y vive cerca. No tiene más de quince minutos de caminata. ¿Por qué saldría de su casa más de media hora antes? Y sin embargo vos, como una marmota, desperdicias horas y horas sentada contra el vidrio solo para verlo pasar por la esquina de Junín y Viamonte ¡Es solo un instante Camila! Tantas horas solo para verlo un par de segundos. Juro que no lo entiendo, jamás lo entenderé.

El amor es estúpido Camila, y a ti te hace realizar actos estúpidos e irracionales. Por ejemplo: ¿Llevas el cálculo de cuanto vas gastando en este bar Camila? Porque yo sí. No es muy difícil. El martes pasado, que tardaste un poco más en venir, me puse a hacer cálculos: a los tres cafés por semana hay que agregarle los tostados de los miércoles, que seguro tienes hambre porque vienes del gimnasio, ya que te me apareces con el pelo mojado, como recién bañada. El presupuesto no te debe dar para más Camila. Por eso insisto en que el amor te involucra en actitudes ridículas. Con ese dinero podrías hacer otras cosas más productivas Camila.

Pero bueno, no todo es dinero en la vida, en eso tienes razón. No nos pongamos tan materialistas. Mejor focalicemos en algo inmaterial e irrecuperable: el tiempo. Y en tu caso: el tiempo perdido. ¿No tienes amigas? ¿No te gusta ir al cine? O al teatro o a mirar, no se... ¡Los patos en los lagos de Palermo! Cualquier cosa en lugar de estar ahí sentada desperdiciando tu vida en alguien que sólo va a pasar caminando por la vereda sin saber que vos estas ahí, petrificada y sin aliento.

Y todo dura segundos, no llega ni al minuto. Te digo con fundamento porque soy Contador, no puedo evitar cuantificar todo. O sea, no estoy con un cronometro, pero te aseguro que lo máximo fue aquella vez que, como se ató los zapatos, tardó un minuto y medio en toda aquella puesta en escena. Y vos ahí transformada: tus pupilas agrandadas, tu respiración agitada, la boca abierta. Casi que escucho tu corazón golpeando a punto de romperte el pecho. Lo que pienses, tus fantasías... en eso no me entrometo, eso pertenece a tu intimidad y yo, ante todo, soy muy respetuoso.

A veces Camila vienes muy bajón, y terminas con los ojos llorosos. Es una sensación agri dulce para mí ya que me duele verte así, pero al mismo tiempo me brinda la esperanza de que le tomes bronca a este tipo y se te vaya la obsesión. Porque estas obsesionada Camila, créeme, yo lo sé porque tengo una amiga psicóloga que me dijo que eso es obsesión, no es amor. Y es muy peligroso porque te lleva a hacer tonterías (tengo miedo de que tomes decisiones drásticas Camila... y quisiera cuidarte).

¿Te acuerdas de esas dos semanas de noviembre en las que él no apareció? ¿Recuerdas el terror que sentíamos? Los miedos, la angustia. “*Tranquilos, se fue de vacaciones*” pensábamos, “*Estará enfermo*” nos decíamos para llevarnos una mentirosa tranquilidad. Pero los dos sabíamos que bien podría haberse mudado o dejado la carrera. Él podía simplemente NO VOLVER a aparecer. Y esa idea te llenaba de angustia, de esas que nacen en la panza. Como si el estómago se llenase repentinamente de un líquido helado y vacío. Y donde el suelo parece derrumbarse, no habiendo lugar donde pisar. Y ahí caes, caemos los dos, por un abismo oscuro hacia la nada... lo sé porque me ocurre lo mismo cuando pienso que vos también puedes desaparecer un día.



¿Qué le ves, Camila? Dime: no es lindo, no es alto, no es flaco ni gordo. ¡No es nada Camila! No es nada...

En fin, eres un misterio que no puedo descifrar. Mi patética y decadente Camila, sentada en la ventana de un bar durante horas para disfrutar de un amor no correspondido apenas solo unos segundos. Vergonzoso.

Y si osas decir lo mismo de mí, te digo que es muy distinto Camila. Verás, yo te disfruto durante horas, yo no movería un dedo si vos fueras solo un instante. ¡No! Por el contrario, yo te veo y te gozo durante al menos dos horas, tres veces por semana.

Las nueve en punto. Él ya pasó. Te levantas y te vas. Te veo devuelta el martes, puntualmente a las siete. Cuando llegues y aunque no repares en mí, te cuento que yo ya estaré aquí desde mucho antes, a un par de mesas de distancia como siempre.

Adiós Camila, o como sea que te llames.

¡El monstruo bajo la cama sí existe! (3er relato ganador)

Yolanda Alexandra Macre, Panamá. Especialista de Cumplimiento.

Desde hace generaciones, en un pequeño pueblo, las mamás y abuelas contaban la misma historia:

Niños, **¡no dejen los pies colgando de la cama!** Porque si lo hacen... el monstruo bajo la cama los atraparé y los llevará a su mundo misterioso.

Los niños abrían los ojos como platos y se tapaban hasta la nariz. Nadie quería conocer ese otro mundo.

Nadie... excepto Tomás.

Tomás era un niño de siete años, curioso como un gato y valiente como un explorador. Tenía una linterna en forma de dragón y un cuaderno donde anotaba todas las cosas extrañas que le contaban los adultos. Su mamá le repitió la historia del monstruo muchas veces, sobre todo cuando él se movía mucho por la noche o sacaba un pie fuera de la sábana.

¡Eso es puro cuento para que uno no se mueva! decía Tomás con los brazos cruzados. Si de verdad hay un monstruo, yo lo voy a descubrir.

Y así comenzó su plan: durante una semana entera, dormiría en el suelo, justo al lado de su cama, para demostrarle a todos que el monstruo bajo la cama no existía.

La primera noche fue divertida. Tomás puso sábanas en el piso, su linterna de dragón al lado y su osito "Capitán Ronquidos" como guardia personal. Miró bajo la cama con mucho cuidado. Nada. Ni ruidos. Ni ojos brillantes. Solo pelusas y una chancleta solitaria.

—¡Ajá! —exclamó—. Todo era un invento. ¡Ya lo sabía!

Así pasó la segunda y la tercera noche. Tomás dormía bien, aunque el piso era un poco duro. Le encantaba imaginar que estaba acampando en una cueva secreta o en una nave espacial. Cada mañana, anotaba en su cuaderno: "**El monstruo no apareció. Tal vez tenga miedo de mí.**" Pero al cuarto día... algo empezó a cambiar.

Al despertar, su almohada no estaba. Buscó por todos lados y la encontró... ¡dentro del armario!

—¿Cómo llegó hasta allí? —preguntó en voz alta, rascándose la cabeza. Capitán Ronquidos solo lo miraba con cara de sueño.

La noche siguiente, sus calcetines amanecieron puestos al revés, y uno de ellos tenía un pequeño agujero en forma de mordida.

Y en la sexta noche... apareció una nota, escrita con crayón azul, pegada en la pata de la cama: "**Solo salgo cuando alguien usa la cama...**"

Tomás tragó saliva. Eso no estaba en su plan.



Aunque no lo quería admitir, esa nota lo hizo pensar. ¿Y si el monstruo era más inteligente de lo que creía? ¿Y si no salía simplemente porque él estaba en el suelo?

—No puede ser —se dijo—. Seguro fue mi hermanita, que quiere asustarme.

Pero su hermanita apenas sabía escribir su nombre, y mucho menos frases largas en crayón azul. Además, sus padres estaban de viaje y solo estaba con su tía, que no creía en cuentos de monstruos.

Tomás decidió regresar a su cama esa noche. Por si acaso, se tapó hasta la cabeza, dejando apenas una rendijita para respirar. No colgó ni los pies, ni las manos.

Todo estaba en silencio...

Hasta que, en medio de la noche, escuchó un leve “crack”. Luego un “gruñi-gruñi”, como si algo caminara arrastrando las patas.

Su corazón comenzó a latir más fuerte. Capitán Ronquidos se cayó de la cama. Tomás no se atrevía a moverse.

—T-t-todo está bien... —susurró.

Entonces, algo lo tocó. Una garra suave, peluda... como de alfombra vieja, le rozó el pie por debajo de la sábana. Tomás se quedó helado.

Y una voz suave, como viento entre cortinas, le susurró al oído:

—Ya no te escondes en el suelo. Al fin has vuelto a mi cama...

Tomás pegó un salto y encendió su linterna de dragón. No había nada. Solo Capitán Ronquidos en el suelo y su cama un poco desordenada.

Pero al mirar bajo ella... por un segundo juraría haber visto una cola desaparecer.

Desde aquella noche, Tomás nunca volvió a dormir en el suelo. Usaba su cama como antes, pero ahora lo hacía con respeto. Ya no dejaba los pies colgando. Mantenía todo tapado y su linterna cerca, por si acaso.

Y cada cierto tiempo, encontraba nuevas notas escritas con crayón azul. Cosas como:

“Gracias por volver.”

“El mundo bajo la cama también extraña a sus visitantes.”

“Algún día vendrás a vernos... cuando estés listo.”

Tomás entendió entonces que el monstruo no era malo. Solo era parte de ese rincón misterioso que tiene la imaginación. Un recordatorio de que hay cosas que los adultos ya no ven... pero que los niños sí pueden descubrir si prestan atención.

Así que, si alguna vez sientes algo bajo tu cama, no te asustes. Tal vez solo sea él, recordándote que aún cree en ti.

Y si eres muy valiente, como Tomás, podrías incluso dejarle una nota tú también.



Por andar con el relajo

Ana Slinger, Panamá. Coordinadora de Comunicación Interna.

Siempre ando de chistosa, haciendo bromas y exagerando las cosas, tanto que cuando hablo en serio, pocos me creen. Los chistes, las mofas y los cuentos son lo mío.

Era un viernes por la noche, estábamos reunidos con amigos jugando juegos de mesa, comiendo y pasándola bien. Cada vez que me tocaba buscar algo, fingía que me dolía algo o que estaba muy ocupada con el teléfono. Ya me conocían, así que ni se inmutaban.

De repente, decidieron dejar el juego y ver una película de terror. Todos se levantaron emocionados y yo, en plena mordida de mi brocheta de pollo, sentí que un pedazo tomó la ruta equivocada... se fue "por el camino viejo". Empecé a toser, no podía respirar, agitaba los brazos como loca... ¡y nadie me hizo caso! Pensaron que era otro de mis teatros y siguieron en su debate sobre qué película ver.

Yo, roja como un tomate y con los ojos llorosos, ya veía mi vida pasar en diapositivas de power point. Fue hasta que uno de ellos notó que mi "actuación" tenía demasiado realismo y vino a ayudarme.

Ese día aprendí una valiosa lección: si siempre ando con el relajo, cuando me pase algo serio, nadie me va a creer.



Luna: un viaje de resiliencia y descubrimiento

Dalys Herman, Panamá. Operadora de Caja Club.

Luna, una niña de piel canela, cabellos rizados y delicados rasgos que reflejaban su hermosa mezcla española y africana, nació en el corazón bullicioso pero peligroso de la capital panameña en los años 90. Criada en un barrio humilde, Luna disfrutaba con la sencillez de lo poco que poseía. A pesar de su corta edad, era consciente de la atmósfera de inseguridad que impregnaba su entorno. Sus padres, trabajadores incansables –su madre costurera en una fábrica y su padre estibador en el puerto– luchaban por el sustento familiar. Su hermana mayor, absorta en sus estudios de doble jornada escolar, dejaba a Luna, con tan solo cuatro años, al cuidado de su hermana de nueve.

La temprana edad no la eximía del temor. Los constantes tiroteos que resonaban en las calles de su barrio eran una sombra constante en su pequeña existencia. Cada día que quedaba sola con su hermana mayor, Luna se arrodillaba y elevaba una ferviente plegaria a Dios, implorando por una tarde sin el estruendo de las balas, por un respiro de paz. Aquella niña, con la pureza de su infancia, ya percibía las duras realidades que ningún niño debería enfrentar. Sin embargo, los días en que sus padres estaban presentes o se sentía bajo la protección de un adulto, la tranquilidad regresaba a su corazón, permitiéndole disfrutar de los juegos con sus amigos y de la despreocupación propia de su edad.

El tiempo, implacable, siguió su curso. Problemas diversos llevaron a sus padres a una separación, o más bien, a la decisión firme de su madre de alejarlas de aquel barrio hostil en busca de un remanso de paz en las afueras de la ciudad. Su nuevo hogar fue la casa de su abuela, un edén de campo con árboles frutales y la compañía constante de sus primos. Para Luna, con seis años entonces, este cambio representó un bálsamo para su alma infantil. Rodeada de naturaleza, familia y la seguridad que tanto anhelaba, disfrutó plenamente de su niñez, de la escuela y del calor de sus seres queridos. Los días de oraciones angustiadas por la ausencia de violencia quedaron en el pasado.

Los años transcurrieron en una vorágine de juegos, risas y aprendizaje. La escuela se convirtió en un espacio de descubrimiento, y las preocupaciones eran ajenas a su mundo. La felicidad de su infancia se cimentó en la cercanía de sus primos y en la constante presencia de quienes la cuidaban. A los diez años, Luna, aún niña, comenzaba a experimentar los sutiles pero significativos cambios de la pubertad. Su cuerpo se transformaba, su mente se expandía y las inquietudes propias de la adolescencia empezaban a asomar, centradas en trivialidades que antes le eran indiferentes.

Su madre, con la sabiduría y el amor incondicional que la caracterizaban, la guiaba con consejos sobre lo bueno y lo malo, sobre los peligros de permitir intimidades inapropiadas, sobre la importancia crucial de los estudios para forjar un futuro prometedor. A los trece años, Luna disfrutaba de la compañía de sus amigos del barrio y de sus entrañables primos. Fue en esa etapa cuando el amor tocó a su puerta, un sentimiento compartido con un joven de su misma vecindad. Su relación floreció, y su madre, observadora y perspicaz, notó el incipiente noviazgo. Luna cursaba el segundo año de secundaria, mientras que él se encontraba en cuarto. Como en todo noviazgo adolescente, el afecto y el deseo comenzaron a entrelazarse.



Al inicio del nuevo ciclo escolar, Luna empezó a experimentar malestares persistentes que dificultaban su concentración en clase. Una idea, vaga al principio, pero cada vez más insistente, rondaba su mente: ¡estoy embarazada! La preocupación la consumía, afectando su rendimiento académico. La incertidumbre sobre su futuro la agobiaba. A sus trece años, la perspectiva de ser madre era un peso abrumador, una realidad que nunca imaginó para sí misma. Se sentía atrapada en un torbellino de pensamientos ansiosos, sin saber cómo afrontar una situación tan inesperada y trascendental para dos adolescentes.

El tiempo avanzaba inexorablemente, y Luna permanecía en silencio, sintiendo que su vida se desmoronaba. La idea de la maternidad precoz la aterraba, pero no encontraba el valor para compartir su secreto. Su madre, con la intuición aguda de una progenitora, percibía que algo perturbaba a su hija, pero Luna negaba cualquier problema. Un día, su padre llegó de visita. En medio de la conversación, la madre comentó con preocupación la ausencia del periodo menstrual de Luna y su repentina preferencia por ropa holgada. Las preguntas se volvieron más directas, cercando a Luna, quien, hasta el último instante, se aferró a la negación.

Desesperada, la madre tomó la decisión de llamar al joven que siempre acompañaba a su hija. Al ser interrogado, él reveló la verdad: Luna estaba embarazada.

El mundo de Luna, y el de sus padres, se vino abajo. Su niña, la menor de sus hijas, se enfrentaba a un problema de proporciones inimaginables, especialmente en una época donde el embarazo adolescente era un estigma social. La noticia desató una fuerte discusión. Luna, con seis meses de embarazo ocultos, finalmente vio su secreto revelado a toda la familia. Su padre, furioso y decepcionado, se marchó, negándose a saber nada de ella.

Inmediatamente, su madre la llevó a un centro médico para confirmar el embarazo. En lo profundo de su ser, Luna aún albergaba una tenue esperanza de que la prueba resultara negativa. Al ver el resultado positivo, la madre, conmovida por la fragilidad de su asustada hija, le preguntó directamente si deseaba tener al bebé. Sin dudarle un instante, Luna respondió que sí. No sabía con certeza el motivo de su respuesta, si era un instinto maternal incipiente o la influencia del hecho de que su secreto ya había sido revelado a toda su familia.

Los meses siguientes transcurrieron en una atmósfera de recogimiento. A Luna apenas se le permitía salir de casa, excepto para sus citas médicas. La vergüenza que embargaba a la familia ante la situación de una niña de catorce años embarazada era palpable. El tiempo seguía su curso, y Luna, lentamente, comenzaba a asimilar la magnitud de los acontecimientos. Llegó diciembre, y en un día dedicado a las madres, su hijo nació. Todo salió bien; el parto fue natural, y Luna demostró una fortaleza admirable a pesar de su corta edad. Lo más importante era que su bebé estaba sano y salvo.

Capítulo 2

La vida continuó, marcando un nuevo ritmo. Luna se dedicaba al cuidado de su hijo, un bebé cada día más hermoso y con un apetito voraz, mientras retomaba sus estudios en horario vespertino. La dificultad radicaba en asegurar el sustento para su pequeño, ya que ninguno de los dos jóvenes padres contaba con empleo estable. La búsqueda de recursos para comprar la leche y otros elementos esenciales para el bebé se convirtió en un desafío constante.



Luna regresó a la escuela secundaria, donde conoció a nuevos amigos. Sin embargo, una gran responsabilidad pesaba sobre sus hombros, y al principio le costaba admitir esa faceta de su vida. No sabía si era por vergüenza o por temor al rechazo. Con el tiempo, forjó amistades sinceras que llegaron a conocer su historia. Esta etapa de su vida fue una exploración constante, un equilibrio precario entre ser una adolescente común y una madre joven. Gracias al apoyo incondicional de su familia, logró salir adelante y culminar sus estudios de bachillerato.

A los diecinueve años, Luna era una madre soltera. Había tomado la firme decisión de no continuar una relación con el padre de su hijo. Con la proximidad del inicio del jardín de infancia para su pequeño, la necesidad de encontrar un empleo se hizo apremiante. Quería asegurarse de que a su hijo no le faltara nada. Consiguió trabajo como asistente de sala en un casino, un ambiente que le abrió las puertas a un mundo nuevo y a una gran diversidad de personas. En su corazón, como en el de cualquier persona, persistía el anhelo de encontrar el amor. Su trabajo la obligaba a viajar diariamente a la ciudad. Para poder cumplir con sus horarios rotativos y continuar sus estudios universitarios, contrataba a su tía para que cuidara de su hijo y lo llevara a la escuela. En el trabajo y en la universidad, todo marchaba bien. Había cultivado muchas buenas amistades y disfrutaba de salidas nocturnas. Sin embargo, Luna comenzaba a notar un consumo excesivo de alcohol y una incipiente adicción al tabaco.

Un día, surgió una vacante en un casino cercano al distrito donde vivía. Sin dudarlo, Luna solicitó el traslado, un cambio que transformaría su vida por completo.

Los Cambios Siempre para Mejor

A pesar de su natural resistencia a las modificaciones en su rutina, Luna sintió una fuerte intuición que la impulsó a aceptar el traslado. Sabía que estar más cerca de su familia y de su hijo sería lo mejor para todos. En su primer día en la nueva sala de juegos, sintió un cosquilleo de nerviosismo. Tomó el autobús en la parada cercana a su casa y, en apenas cinco minutos, llegó a su destino. Al entrar al casino, su mirada se dirigió instintivamente hacia la barra a su derecha. Allí estaba él: un hombre moreno, joven y atractivo. Un pensamiento fugaz cruzó por su mente: "Qué guapo mi compañero". Así comenzó su nueva etapa en un casino más pequeño, rodeada de gente agradable y con la constante mirada del chico guapo posada sobre ella.

A los pocos días de comenzar su nuevo trabajo, Luna realizó los trámites necesarios y pudo adquirir un automóvil de segunda mano. A sus veintiún años, tener su propio coche, algo que tanto anhelaba, era una realidad. Sin saberlo, estaba comenzando a experimentar el poder de la ley de atracción. Como era de esperarse, Luna entabló amistad con el atractivo joven de su trabajo, llamado Guilbert Good. A los pocos meses, su amistad se transformó en un noviazgo, tal como Luna lo había imaginado. Así comenzó un nuevo capítulo en su vida, una etapa de convivencia con Guilbert, formando una familia junto a su hijo y su nueva pareja.

Capítulo 3

Luna cambió de puesto en el casino, ahora trabajaba en caja. Su desempeño laboral era excelente, al igual que su rol como madre. Junto a Guilbert, había formado una hermosa familia con dos hijos más, consolidando una vida de clase media. Ambos tenían empleos estables que les permitían sacar adelante a su familia. Luna soñaba con reemplazar su viejo automóvil, aunque siempre agradecía a su fiel carrito que nunca la



había dejado varada. Con tanta intensidad lo imaginaba y lo deseaba, que finalmente logró adquirir un coche nuevo. Su gratitud por todo lo que tenía era constante.

Sin embargo, en lo profundo de su ser, Luna anhelaba más conocimiento, devorar libros. Sentía que algo faltaba en su vida, una búsqueda interior que la impulsaba a indagar y explorar más allá de su entorno inmediato. Quería deleitarse con la naturaleza. Era feliz simplemente contemplando la luna, cuyo nombre llevaba con orgullo. Adoraba el mar, los días soleados y las tormentas de lluvia; todo le parecía una bendición infinita.

Un día, mientras exploraba títulos de autoayuda que habían comenzado a capturar su atención, se topó con el nombre de Neville Goddard, un autor de la década de 1950 que hablaba sobre la ley de atracción: pedir, imaginar y recibir. Sus libros estaban repletos de historias y de su propia experiencia aplicando esta ley para alcanzar la prosperidad y la abundancia. Goddard abordaba temas como los métodos de crianza de los padres, los temores inculcados por las religiones, las leyes de la sociedad, el concepto de pecado, el miedo y muchos otros.

Estas ideas abrieron la mente de Luna, llevándola a cuestionar sus propias creencias, su educación, su concepción de Dios, del pecado, de las religiones, del cielo, de la tierra, de la muerte y mucho más. Sus interrogantes eran tantas que se sumergió en la lectura e investigación. Ese nuevo mundo la atrajo poderosamente, despertando en ella la sensación de que algo esencial faltaba en su vida, que debía conocer más y mirar más allá de sus límites.

El gran torneo de dados de los dragones

Erika Zulay Forero, Colombia. Auxiliar de CCTV.

En un reino lejano, escondido entre montañas altas y nubes juguetonas, existía un lugar secreto donde los dragones no solo competían por el dominio de las tierras y los aires, sino también en un juego muy especial: el Gran Torneo de Dados de los Dragones.

Cada año, todos los dragones del reino se reunían en una gran plaza de cristal, con una gigantesca mesa flotante en el centro. La mesa estaba rodeada por enormes rocas flotantes, y en el aire bailaban miles de luces como si fueran estrellas traviesas. Lo que hacía único este torneo no era solo la habilidad para lanzar dados, sino que los dados no eran ordinarios; cada uno tenía poderes mágicos esto hacía que el juego fuera más divertido y alucinante para todos sus espectadores.

El primer dado, "Bin", podía cambiar el color del cielo por completo: si caía de lado morado, el sol brillaba con una intensidad cegadora, mientras que, si caía verde, el viento soplaba con fuerza, levantando olas gigantes.

¡El segundo dado, "Gosco", tenía la increíble habilidad de invocar pequeñas llamas que saltaban sobre la mesa, creando trampas invisibles. Si un dragón no las evitaba, podría ser atrapado en un pequeño campo de fuego.

Y el tercero, "dere", tenía el poder de congelar todo lo que tocaba: un dado que podía hacer que los demás jugadores quedaran atrapados en bloques de hielo, dándoles una ventaja a quienes jugaban con astucia.

El torneo era seguido por todos los seres mágicos: unicornios, sirenas, elfos y hasta duendecillos traviesos que se asomaban desde sus pequeñas casas de hongos. La risa y los gritos de emoción llenaban el aire, pero había una regla muy importante: **"Nada de trucos oscuros. Solo el azar y la suerte pueden guiarte a la victoria"**.

Este año, la competencia estaba más reñida que nunca. Los cuatro dragones más conocidos del reino se habían inscrito: **Troncho**, el dragón bromista; **Melisa**, la dragona de fuego; **Serpento**, el dragón de las nieblas; y **Puchis**, el dragón que nunca había perdido un juego de azar.

Troncho, como siempre, hacía bromas y se reía de los demás. "¡La suerte está de mi lado, lo verán!" decía mientras hacía piruetas en el aire. Melisa, con su cola envuelta en llamas, estaba muy concentrada, pensando en su próxima jugada. **Serpento**, envuelto en niebla, apenas podía verse, pero todos sabían que su mirada penetrante no dejaba escapar ni el más mínimo movimiento de sus oponentes. **Puchis**, en cambio, estaba completamente serio, mirando fijamente los dados como si pudiera leerles el futuro. Cada uno de ellos pensaban que solo uno iba hacer el ganador.

La competencia comenzó, y los dados volaron por el aire. ¡Pum! El dado Bin cayó y el cielo se volvió de un morado brillante, cegando a todos por un instante. Pero justo cuando parecía que Troncho iba a ganar, el dado Gosco saltó y ¡zas! Una llama surgió de la mesa, rodeando a **Serpento**, quien se vio atrapado en un círculo de fuego.

Pero lo más extraño sucedió cuando el dado dere rodó hasta los pies de **Puchis**. ¡Un bloque de hielo gigante se formó a su alrededor, dejándolo atrapado en una prisión helada!



Los demás dragones, confundidos, se miraron unos a otros, y entonces Melisa, con una sonrisa traviesa, soltó un poderoso rugido que hizo que el dado Bin cayera a su favor.

El cielo se tornó de un verde esmeralda brillante, y un viento poderoso la elevó en el aire, permitiéndole tomar el dado Gosco con destreza. ¡Fue su jugada maestra! Lanzó el dado y, con una habilidad impresionante, esquivó las trampas de fuego mientras sus rivales se distraían.

Al final, fue Melisa quien ganó el Gran Torneo de Dados de los Dragones. Pero más que la victoria, lo que dejó a todos asombrados fue el increíble poder de la suerte y la magia en cada lanzamiento.

"¿Quién necesita trucos cuando tienes tanto azar a tu favor?", dijo Melisa mientras el cielo se despejaba y el viento le devolvía la calma.

Y así, en ese reino lejano, los dragones siguieron celebrando el azar, sabiendo que no importaba cuán hábil fuera uno, a veces todo se reducía a un dado rodando en el momento perfecto.

Los libros son un mundo diferente y fantástico que te llevan a soñar y ver el mundo de otra manera, si te animas puedes ver en mi relato la palabra “bingos Codere” espero tengas éxito y la encuentres.

Nota “Regala un libro”

La chica yeyé

Macarena Navarro Luna, España. Administrativa Operaciones AV.

La condenada artrosis llevaba haciendo estragos en mis extremidades desde hacía años, pero en los últimos tiempos se había vuelto insoportable. Levantarme de la cama era un suplicio, abrir botes de conserva una tarea estoica y ni hablemos de subir y bajar las detestables escaleras. Me había levantado a las seis de la mañana durante más de cuarenta años, ahora intentar salir de la cama más tarde era imposible. ¿Para qué me levantaba? No tenía vida social. Los niños se me fueron de casa en cuanto tuvieron la oportunidad, Marcos se fue a vivir a Noruega, el muy condenado, yo no montaba en avión. Julio estaba en el País Vasco, mira que seguir los pasos del padre siendo Guardia Civil. Y Vero estaba en un viaje espiritual en Tailandia ¿Qué narices era un viaje espiritual? Y de mis nietos ni hablemos, de pascuas a ramos los veía, no les culpaba, cuando yo tenía su edad no paraba en casa. Mi madre detestaba que me pusiera las medias de colores, los vestidos “de pelandrusca” como ella los llamaba y que estuviera de “guateque en guateque”. Fueron buenos tiempos, hasta que llegó el “tonto el haba” de Ramón. Mira que me dejé engañar por aquel atractivo a lo Paul Newman. Claro, aquel hombre de 1,85 con pelo castaño, y con los ojos más azules que el cielo en primavera, me dejó sin palabras. Tendría que haber escuchado yo las suyas mejor, para darme cuenta de lo cateto que era aquel individuo. Me hizo la vida miserable y, dicho sea de paso, a mis hijos también. No me extrañaba que se hubieran ido tan lejos. ¿Qué culpa tenía yo? Pues toda supongo, que elegí al tonto.

La vida se me estaba haciendo cuesta arriba, si no hubiera escuchado a Ramón, no habría dejado de trabajar, y ahora no me quedaría apenas quinientos euros de pensión. A mis 75 años, ya no tengo nada que hacer con la vida. No pago alquiler por el piso, lo único que me dejó Ramón fue eso, bendito sea y Dios lo tenga en su gloria. Sin embargo, las facturas se me acumulaban, y la muerte se me echa encima. Eso pensaba yo, hasta que vi “La tarde aquí y ahora”, qué majo es Juan y Medio, me consolaba ver que hay otros viejos tan hartos del ahora como yo. Estaba viendo el programa como cualquier otro día, y ahí apareció Josefa, una señora de mi edad más o menos. Aunque yo creo que me conservo mejor. Josefa era viuda, como casi todas las mujeres de mi quinta, eso les pasa a los hombres por darse tanto al vicio. En su soledad, Josefa había alquilado las habitaciones a unos jóvenes estudiantes de intercambio, y ahora la mujer dedicaba sus días a cuidar a aquellos descarriados, como los hijos que nunca había tenido. Y entonces se me ocurrió la maravillosa idea de hacer lo mismo. Necesitaba dinero, necesitaba compañía, necesitaba vida. No necesitaba ser la madre de nadie, que con tres criando yo sola había tenido suficiente. La verdad sea dicha, les echaba de menos, no es que no se preocuparan de mí, me llamaban y en navidad siempre venían. ¿Pero y el resto del día? Nada, sola, soledad, solateras me quedaba. A esto le echo la culpa directamente a Jeremías, mi segundo esposo ¿Por qué narices se tuvo que morir? No lo escogió el, el cáncer de colon se lo comió. Cuando conocí a Jeremías la vida empezó a brillar de nuevo, y eso que ya tenía los cincuenta cuando me casé con él. Era un hombre de mundo, había estado en Alemania, Francia y no sé cuántos países más. Con él nunca fui más allá de Zaragoza, pero es que me daba terror volar. Pues con Jeremías fuera de este plano, mis hijos haciendo su vida y yo sin una, decidí apuntarme a eso de que gente extranjera viniera a mi casa.



Tenía muy claro que en mi casa no iba a entrar ningún hombre. Quería solo a mujeres. Mis hijos pusieron el grito en el cielo “Qué tontería mamá, no te hace falta” “¿Y ahora cuando vayamos en navidad qué hacemos?”. Me dio igual, si ellos se habían marchado, allá ellos. Me inscribí en el programa, y la verdad que no tardé en recibir aplicaciones.

Casi todas de chavales, eso era un no rotundo. Estuve varios meses declinando ofertas hasta que llegó Matilda. Matilda era de Países 2 Bajos, de una ciudad con un nombre impronunciable. Cuando yo vi a aquella rubia de un metro ochenta cruzar la puerta de mi casa, quise irme yo.

Matilda era poco habladora, apreciaba esa cualidad suya. Las normas que había impuesto eran simples; nada de fiestas, nada de fumar, nada de animales, nada de traer chicos y algunos otros “nadas” sin importancia. Si mis hijos habían pasado toda la vida con esas normas, Matilda también podía. Mi piso tenía cuatro habitaciones, una muy pequeña que utilizaba más de trastero que de otra cosa, antaño había sido el despacho de Ramón. Que no sé para qué quería un despacho si era Guardia Civil. A Matilda la instalé en la habitación de Vero, me parecía lo más adecuado. Todavía estaban colgados los pósteres de Nacha Pop y Hombres G de mi hija. La convivencia con Matilda era normal, tranquila. La muchacha se levantaba temprano, se marchaba a la universidad y luego volvía y se encerraba a estudiar. Sinceramente me daba pena, tanta vida por delante y tan poco disfrutada.

Antes de conocer a Ramón, Madrid era el lugar más divertido del mundo. Me había venido a vivir aquí para estudiar administración. Iba a salas como El sol y el Penta, me pasaba las noches bailando y con amigos. Cuando me casé no volví a pisar ni una sola discoteca, la vida se me encogió. Veía a Matilda y me daban ganas de robarle los años, como si fuera la mala de un cuento de hadas, para irme otra vez de parranda. A los pocos meses de llegar Matilda, vino Andrea. No leí bien la documentación, Andrea era un chico. ¿Qué iba a saber yo que en Nápoles los padres ponen a sus hijos Andrea? No pude negarme a que Andrea se instalara en la habitación de Julio. Al principio no podía ni dormir pensando en que Andrea estaba en la habitación contigua. Luego empezó a llamarme Nonnina “abuelita” cuando me enteré del significado casi le doy un abrazo y una torta a la misma vez. Andrea trajo la alegría, dicharachero, lleno de vida, animado y sobre todo influyente. Matilda, se impregnó de esa alegría y fiesta que parecía acompañar a Andrea siempre. Y el condenado me la pegó hasta a mí. Sin darme cuenta me vi celebrando “soirées”, con cinco o seis chicos de otros países. ¿Qué sabía yo que el Papanasi estaba tan bueno?

Y claro, Matilda tuvo que enamorarse de Andrea, válgame Dios, y me perdone Jeremías, cincuenta años menos y yo también me habría enamorado. Claro que, con tanto amor, también vienen los dramas. Lo sabré yo que he pasado por un divorcio y soy viuda. Andrea se iba de España y me dejaba a la pobre Matilda con una herida de amor, ella tan tímida y tan poquita cosa, no se le declaró. En contra de mi naturaleza precavida, animé a Matilda a irse ese verano a Nápoles. Si yo tuviera la oportunidad de ver a mi Jeremías otra vez, no lo iba dudar. Matilda se fue, se enamoró aún más, Andrea se enamoró y santas pascuas, todos felices, mis polluelos internacionales se habían enamorado.



Han pasado cinco años desde el día que Josefa me dio la idea de abrirme al mundo. Ahora estoy en un avión, ¡Un avión!, me voy a la boda de mi Matilda y mi Andrea, la Nonnina se va de aventura. Mis hijos no se lo creen, lo que no saben es que cuando termine la boda me voy a Noruega, me voy a ver a Marcos, a ver a mis nietos. Josefa y Juan y Medio no lo saben, pero me regalaron algo increíble, las ganas de salir de mi concha. Las ganas de volver a ponerme las medias de colores, los vestidos de pelandrusca, de volver a escuchar a los Bravos y al Dúo dinámico. De ser otra vez una chica Yeyé, quien sabe igual el año que viene me voy a un viaje de esos espirituales con Vero. Solo sé que la muerte ya no se me echa encima, que la artrosis me duele, pero me importa un pimiento. Que ver las nubes desde un avión es algo mágico, y que no voy a parar hasta que no pueda más. Jeremías me vas a tener que esperar un poco más, porque a esta chica le quedan todavía muchos días de ponerse el pelo alborotado y las medias de color.

Melancolía

Patricia Lazo, Uruguay. Promotora.

El gran secreto, la melancolía y la lucha interna, al igual que sus sueños. Su misticismo, como un cuento que no encuentra el final, hace que su historia se vuelva interesante.

*"Si arrastré por este mundo la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser.
Bajo el ala del sombrero cuantas veces, embozada,
una lágrima asomada yo no pude contener..."*
Carlos Gardel "Cuesta abajo"

Él era una persona que anhelaba tanto su pasado como su futuro, y era fiel a su arte. Sus orígenes eran inciertos, al igual que su vida personal y romántica (así él quería que fuese).

Eran años difíciles para ser artista, por muy talentoso que fueses. Cabe destacar su prolijidad, su elegancia y su cordialidad.

*"...Era, para mí, la vida entera,
como un sol de primavera, mi esperanza y mi pasión..."*
*"...Ahora, cuesta abajo en mi rodada,
las ilusiones pasadas yo no las puedo arrancar.
Sueño con el pasado que añoro,
el tiempo viejo que lloro y que nunca volverá..."*
Carlos Gardel "Cuesta abajo"

Eran los años 1920. Las damas de la alta sociedad susurraban entre ellas mientras se sonrojaban y se cubrían los labios con sus manos, las cuales estaban recubiertas con unos guantes elegantes, delgados y de seda.

*"...Hoy tenés el mate lleno de infelices ilusiones,
te engrupieron los otarios, los amigos, el gavión.
La milonga entre magnates con sus locas tentaciones
donde triunfan y claudican milongueras pretensiones,
se te ha entrado muy adentro en el pobre corazón..."*
Carlos Gardel "Mano A Mano"

España 1928 (Final de copa del Rey) Final de las Tres Finales:

-¡Ay, mi querido amigo Gardel! Hoy vas a ver al Barcelona. Qué feliz me hace compartir este momento contigo. Tendrás el privilegio de ver...-

-Rafael Alberti, permítame compartir con usted mi admiración. La entrega del arquero Franz Platko, su coraje y osadía, me generan una gran devoción. -

Fue un partido violento. El arquero húngaro quedó tendido inconsciente, y su cabeza sangraba, pero en ningún momento soltó la pelota.

-Rafael Alberti gracias a ti y a Cossio por permitirme ser testigo de esta gran victoria-



*"...No nadie, nadie, nadie.
Camisetas azules y blancas, sobre el aire.
Camisetas reales,
contrarias, contra ti, volando y arrastrándote.
Platko, Platko lejano,
rubio Platko tronchado,
tigre ardiente en la yerba de otro país..."
Rafael Alberti "Oda a Platko".*

Su carrera se expandía por Europa; su voz no dejaba a nadie indiferente, como si de un embrujo se tratara. Pero la melancolía seguía siendo profunda en cada letra.

*"Tirao por la vida de errante bohemio,
estoy, Buenos Aires, anclao en París.
Curtido de males, bandeado de apremios,
te evoco desde este lejano país..."
"...Lejano Buenos Aires, ¡qué lindo que has de estar!
Ya van para diez años que me viste zarpar..."
Carlos Gardel "Anclao En Paris "*

Le encantaba la gastronomía y viajar. Nueva York, Buenos Aires y París eran algunos de los lugares en los que pasó más tiempo, además de sus giras por Europa y América.

El ruido de aquel motor recorriendo el empedrado, al igual que los gritos y chillidos de ese grupo de amigos que se reencontraban, marcaban el inicio de una noche que no era cualquier noche.

*"Tomo y obligo, mándese un trago,
que hoy necesito el recuerdo matar,
sin un amigo, lejos del pago,
quiero en su pecho mi pena confiar..."
Carlos Gardel "Tomo y obligo"*

- ¡Es increíble, señor! ¡La gente no desea que continúe la función...! -

- ¿Qué está sucediendo allá afuera? ¿Por qué tanto alboroto? -

- ¡El público exige repetir el tema anterior! ¡Nunca se ha visto semejante entusiasmo en una sala! ¡Están de pie, aplaudiendo como si Gardel estuviera en carne y hueso sobre el escenario! -

Es el gran día. Las calles se llenaban de gente expectante alrededor del Cine Rex. Las miradas, orgullosas y agitadas, se dirigían hacia allí, ansiosas por llegar y poder verlo y escucharlo, aunque no estuviera realmente ante sus ojos. Era difícil conseguir un lugar para este increíble y revolucionario espectáculo.

*"...El día que me quieras
la rosa que engalana
se vestirá de fiesta
con su mejor color,
y al viento las campanas
dirán que ya eres mía,*



*y locas las fontanas
se contarán su amor..."*
Carlos Gardel "El día que me quieras"

Se había encargado de llevar el tango a Europa, Estados Unidos y Latinoamérica. Su voz marcaba y emocionaba a cada persona que lo escuchaba. Sus fanáticos soñaban con poder verlo cantar. En su última gira por Hispanoamérica, los teatros se llenaban de fanáticos, dejando fuera a miles de ellos que no tenían la posibilidad de verlo, pero, de igual manera, estaban entregados a él.

*"...Volver
Con la frente marchita
Las nieves del tiempo
Platearon mi sien
Sentir
Que es un soplo la vida
Que veinte años no es nada
Que febril la mirada
Errante en las sombras
Te busca y te nombra
Vivir
Con el alma aferrada
A un dulce recuerdo
Que lloro otra vez..."*
Carlos Gardel "Volver"

La gran tragedia de 1935. Un viento fuerte golpeaba el aeródromo "Las Playas" en Medellín, Colombia. El Douglas DC-3 en el que viajaba Carlos Gardel, se desvió de su recorrido y colisionó con otro avión que esperaba su turno para despegar.

Junto a esta tragedia hay no solo mucho dolor, sino también rumores relacionados con su muerte, tantos como los que existieron sobre su origen.

Lo único que es cierto es que, en vida, Carlos Gardel nunca permitió ni le gustaba que se expusiera su privacidad ni sus romances, y también solía ocultar sus verdaderos orígenes. Por tanto, dudo que le hubiera gustado que se generara tanta controversia alrededor de su muerte, empañando su grandeza y nobleza. Su cuerpo fue enterrado en Medellín.

- ¡Carlos Gardel ha de regresar a la ciudad que lo vio crecer, aquella que tanto amó! -

-Tiene razón Armando. Su querida madre, hoy desolada por la ausencia de su hijo, aguarda con el corazón en vilo ese anhelado retorno. -

*"...Sus ojos se cerraron
Y el mundo sigue andando
Su boca que era mía
Ya no me besa más
Se apagaron los ecos
De su reír sonoro
Y es cruel este silencio
Que me hace tanto mal*



*Fue mía la piadosa
Dulzura de sus manos
Que dieron a mis penas
Caricias de bondad
Y ahora que la evoco
Hundido en mi quebranto
Las lágrimas taimadas
Se niegan a brotar
Y no tengo el consuelo
De poder llorar..."*
Carlos Gardel "Sus ojos se cerraron"

Su féretro emprendió un largo viaje. Fue transportado en burro, carretas, barco y tren. Su cuerpo recorrió y fue velado en Colombia, Panamá, Estados Unidos, Brasil, Uruguay y por último en Buenos Aires, Argentina.

El cuerpo de Gardel fue finalmente sepultado en el Panteón de los Artistas, en el Cementerio de la Chacarita.

*"...Pero nadie comprendía
Que si todo yo le daba
En cada vuelta dejaba
Pedazos de corazón
Ahora solo en la pendiente
Solitario y ya vencido
Yo me quiero confesar
Si aquella boca mentía
El amor que me ofrecía
Por aquellos ojos brujos
Yo habrá dado siempre más..."*
***"...Sueño con el pasado que añoro
El tiempo viejo que lloro
Y que nunca volverá."***
Carlos Gardel "Cuesta abajo"



Pausa

Ruth Carolyne Fleitas Peirán, Uruguay. Promotora.

Este relato está dedicado a todas aquellas personas que necesitan una pausa.

Ojalá, en estas palabras, la encuentres.

Quiero comenzar haciéndote una invitación: disfrutá este momento de lectura, usalo como excusa: desconectar, conéctate con vos.

Bueno, ya que estamos, es oportuno hacerte esta pregunta: ¿qué haces cuando querés desconectar?

Yo leo, me sumerjo en una historia, una reflexión, un relato que me transporte un ratito a otro lugar, un lugar diferente, que me haga sentir diferente, pero sobre todo que me haga pensar diferente. Los libros te abren puertas a infinidad de universos y realidades, te acompañan, desarrollan tu imaginación, tu sentir y tu pensar. En mi caso, también me gusta mucho escribir, cualquier cosa, en cualquier momento. Por lo general, escribo reflexiones, pero no las comparto con nadie. Comencé a leer libros a mis 18 años —me hubiera encantado descubrir esta pasión antes, pero todo llega a su debido momento, supongo—. Sin embargo, escribo desde pequeña: escribía canciones, y en ese momento sí las compartía con otros.

¿Qué habrá cambiado?

¿Estás pensando en lo mismo que yo?

A medida que crecemos nuestro universo interior va mutando, se transforma, nos transforma. Incorporamos aprendizajes de todo tipo, algunos de ellos, pareciera que nos alejan de sentir y vivir con la inocencia y la ilusión de los más pequeños. Para los adultos, eso es una utopía.

Es muy fácil perderse, dejarse consumir por la vida adulta. Claro, es que los niños no tienen responsabilidades, no tienen que pagar cuentas, no tienen que vivir de un lugar a otro, ni pensar cómo llegar a fin de mes. Debe ser eso. Claro, todo depende de la infancia que te haya tocado vivir. Después crecés y por todos lados te dicen que hay que curar las heridas de la infancia. Claro... si tenés herramientas para hacerlo. Y hasta acá parece que es complicada la vida, ¿verdad? Tal vez lo es. Mientras estemos en ella, no podemos escapar de todo eso.

¿Sabés lo que sí podemos hacer? Una pausa. Tomar un descanso. Desconectar. Pero no te confundas, no entiendas la desconexión como un escape. Que sea una forma de conectar con vos. La rutina, el trabajo, el hogar, las responsabilidades, las cuentas, los problemas, están ahí. ¿Qué espacio le das a lo que te gusta, te identifica, te motiva, te hace sentir bien?

Que importante es conectar con nosotros mismos, con aquello que nos apasiona, con lo que nos devuelve un poco de esa ilusión. Sí, no podés pasar toda la vida excusándote: que no tenés tiempo, que no tenés dinero, que ahora no, capaz más adelante. No postergás un compromiso de trabajo, no postergás ir a un evento social que tal vez no tenés ganas de ir, pero postergás lo que te hace bien. Dedicá tiempo a hacer algo que te guste, para vos, regalate ese momento.



También es muy interesante pasar tiempo con uno mismo. ¿Qué te decís cuando el único diálogo que podés tener es con la voz de tu mente? Probablemente, esas son las conversaciones más importantes y trascendentales de tu vida.

¿En qué pensás? ¿Qué te decís? ¿Discrepás con esa voz? ¿La cuestionas? ¿Sos honesta/o? Todo lo que esa voz te dice, lo crees.

- *¿Para qué vas a compartir lo que escribís?* En algún momento de mi crecimiento, debo de haber tenido esa conversación con la vocecita... y lo dejé de hacer.

Muchos años después, me encontré con una propuesta de escribir un relato, y me dijo: *“¿Y si escribís para compartir? Sabés que al menos unas diez personas no van a tener otra opción que leerte” —y se rió con cariño.* Y me pareció una buena manera de conectar con esa práctica que tenía de pequeña, escribir y compartirlo con otros.

Siempre podemos cambiar la conversación que tenemos con nosotros mismos, *las palabras crean realidades.*

Existe una frase —no sé de quién es— pero me gusta mucho: *“Lo único permanente es el cambio”.* Creo que amigarnos con esta idea es un buen plan para vivir desde el disfrute. Hallar la felicidad solo en los “grandes logros” puede ser jodido. El camino no está vacío.

Un amigo me dijo: *“Disfrutá lo que tenés mientras vas por lo que querés”* y esas palabras han sido muy transformadoras. Que importante es mirar alrededor, ver dónde estamos, lo que hemos logrado, reconocernos merecedores de lo que tenemos y de sentirnos bien y aceptar que la felicidad está en las cuestiones más cotidianas.

La vorágine de la vida nos hace dar por hecho todo, el cuerpo que habitamos, los lugares que frecuentamos, las personas que nos acompañan, el alimento que ingerimos, el trabajo que tenemos, todo, y *“lo único permanente es el cambio”.*

Y qué bueno... de lo contrario, no estarías leyendo esto.

Tal vez esta sea tu pausa.



La granja

Yolanda Lima, Panamá. Directora legal.

Eran parte de una linda y agradable Granja: un Buey, una Vaca y una Gallina. Todos trabajaban diligentemente pero no todos tenían la misma actitud.

El Buey era fuerte, disciplinado y constante.

La Vaca, puntual, productiva y resolutiva.

La Gallina, perseverante, optimista y tolerante.

Era una granja que demandaba mucho esfuerzo porque de ella dependían la familia del Granjero, y aunque no había muchos recursos, él hacía todo lo posible para que el Buey, la Vaca, la Gallina, y resto de los animales se sintieran bien recompensados.

Regularmente la Granja era visitada por un Cuervo, quien contaba a los animales que “había otras granjas donde la paga y los beneficios era mejores” incluso se ponía de ejemplo y les decía “elijan un oficio que les guste y no tendrán que trabajar un solo día de sus vidas” ... les recomendaba.

El Cuervo siempre regresaba con historias fascinantes de otras granjas y de sus experiencias, ciertamente nunca tuvo la intención de causar frustración, envidia y/o enojo en el Buey, la Vaca y la Gallina.

Transcurrió un año, tiempo en el cual el Cuervo regresaba una y otra vez con sus historias, que poco a poco causo que el Buey, la Vaca y la Gallina; bajaran su nivel de diligencia, de hecho, fue tan notorio que el Granjero, pronto lo notó y se preguntó ¿cuáles cambios podría realizar para que sus animales volviesen a ser diligentes? ¡y así lo hizo!, Pero por más que se esforzó, no pudo ser posible porque por más de un año, El Buey, la Vaca y la Gallina -esta última la más optimista de los animales- perdió todo interés de lo que hacía, incluso ya ni sabía ¿Por qué lo hacía? Y todos trabajaron así hasta que murieron.

Siempre escuchamos en nuestro entorno comentarios que, para bien o para mal nos hacen replantearnos si dónde estamos es el lugar correcto, ¡y eso está bien, somos pensantes e idealistas!... otros nos hacen creer que, si no trabajamos en lo que nos apasiona o no tenemos lo que deseamos estamos condenados a la desdicha... ¡y si, es válida esa percepción, pero no determinante!

Te has preguntado ¿qué tal si imprimiéramos pasión y empeño a toda tarea que hagamos en cualquiera de los roles que desempeñamos (como padres, pareja, hijo, hermano, vecino, empleado, compañero, amigo, etc.) ?, ¿cómo sería tu vida si te enfocaras diariamente en valorar y agradecer el presente, aprendieras de tus experiencias y te preparas para tu próxima oportunidad sin importar si los vientos son favorables o no, sea cual esta fuera?

No siempre tienes muchas opciones a elegir, pero siempre tienes la opción de “reaccionar” manteniendo la mejor actitud ante las circunstancias. Que no te pase como al Buey, la Vaca y la Gallina que a pesar de ser diligentes y tener lo básico para ser felices permitieron que la semilla del desanimo (con o sin intención) calará en ellos, que hizo de su presente y su futuro una desdicha.



El Rey de los cartones

Rosa María Amparo Alagüi, Melilla, España. Fraud & Payments Supervisor Online.

La ciudad, ya no esperaba a nadie. Ruidosa, indiferente, rápida. Nadie se detenía. Nadie preguntaba. Ni mucho menos miraba a quienes vivían en aquellos márgenes de ese mundo tan acelerado. Pero ahí, justo ahí, en una esquina desbordada por el frío, las sombras y el olvido, vivían dos corazones que latían al mismo tiempo: **Ernesto y su hija Luna.**

Ernesto no siempre había vivido en la calle. Hubo un tiempo en que tenía un trabajo, un hogar modesto y un sueño común: darle lo mejor a su familia. Pero la vida, cuando muere, no avisa. Su esposa murió antes de lo previsto, sin darles la oportunidad de luchar. El dolor se adueñó de él. Perdió su trabajo. Las deudas lo consumieron y en cuestión de meses, pasó de tener un hogar feliz a dormir en la calle con una niña de tres años a quien debía cuidar.

Hubo quienes pensaron que era una tragedia, pero para Ernesto, fue una sentencia, que le hizo prometerse que: **“Mientras respire, mi hija no dejará de sonreír”**. Y así, pasó su primera noche debajo de un puente.

Luna creció sin juguetes, sin tener una cama caliente o fiestas de cumpleaños. Pero creció con mucho amor. Su padre, fue su héroe, su amigo, su escudo. Cada día, él se esmeraba recogiendo cartones, latas y botellas; las cambiaba por algo de dinero y luego, se inventaban historias mientras iban de regreso a ese refugio al que él aprendió a llamar de nuevo ‘hogar’. Luna, tenía una bufanda roja y, con ella, se sentía una princesa dentro de un mundo que sólo ella y su padre entendían.

—“¿Por qué nosotros no tenemos una casa, papá?” —preguntó un día, bajo una lluvia fina?

Ernesto tragó saliva, no sabiendo muy bien si debía protegerla con la verdad o con alguna mentira para salir de ese amargo paso.

—“Pues, porque nosotros estamos buscando la perfecta. Una donde entren todas tus cosas: tus dibujos, tus risas y también nuestros cuentos. Pero esas casas no son nada fáciles de encontrar, ¿sabes?”

Luna, inocentemente sonrió. Y con eso bastó.

Pero ese invierno llegó más cruel que nunca. Las noches eran heladas, los pulmones dolían al respirar y no había nada caliente que llevarse al estómago. Ernesto enfermó. Al principio, sólo tosía de madrugada. Luego, empezó a hacerlo durante el día. Un día, incluso vomitó sangre. Pero nunca fue al hospital. **“No tengo tiempo para estar enfermo”**, pensó. **“Ella me necesita.”**

Una noche, mientras dormían bajo el puente, Luna se despertó llorando.

—“Papá... he soñado que te ibas y me dejabas sola.”

Ernesto la abrazó con fuerza. Su corazón se rompió un poquito más.



—“Nunca me voy a ir, mi amor. Nunca.”

Pero él ya lo sabía. Su cuerpo ya no aguantaba más.

Al día siguiente, con las pocas fuerzas que le quedaban, llevó a Luna por última vez al parque. Le construyó, como pudo, un castillo entre los árboles, un dragón dormido y una corona hecha con ramas.

—“Hoy vas a ser la reina de este lugar” —le dijo, al colocarle la corona.

—“¿Y tú, papá?”

—“Yo... Yo sólo soy el rey de los cartones. Pero contigo... Soy el rey más feliz del mundo.”

Se sentaron juntos, viendo cómo atardecía. Luna apoyó la cabeza en su pecho. Ernesto la cubrió con su chaqueta y cerró los ojos, cansado, pero con el corazón en paz.

Esa noche, durmió para siempre.

Luna fue encontrada por una trabajadora social, dormida sobre el pecho de su padre, envuelta en esa bufanda roja y aquella chaqueta que él le dejó como último acto de amor.

Estuvo semanas sin poder hablar. Hasta que un día, en el hogar donde la acogieron, dibujó algo en una hoja: un carrito lleno de cartones, un hombre sonriente y una niña con una bufanda roja.

—“¿Quién es este señor?” —le preguntó curiosa una de sus cuidadoras.

Luna sonrió por primera vez después de mucho tiempo.

—“Mi papá. Él era un rey. Era el mejor rey de todos.”

Y desde entonces, cada vez que alguien le preguntaba su historia, ella siempre contaba la misma:

—“Yo no nací en una casa. Nací en el amor de un hombre que no tenía nada, pero que me lo dio todo.”

Y así, el rey de los cartones vivía en cada palabra, en cada recuerdo y en cada dibujo de su hija. Porque el amor verdadero no necesita castillos ni oro para dejar huella. Sólo necesita de una promesa y un corazón dispuesto a darlo todo.

El sueño de Toto

Miguel Ángel Fernández, España. High Roller Account Manager Online.

Toto vivía por y para el fútbol. Cada día, desde que se levantaba hasta la hora de dormir. La pelota era su única obsesión. Su rutina estaba marcada por ese sueño que persigue a tantos adolescentes a lo largo del planeta tierra. En su pueblo natal de Las Condes, donde el último censo reflejó una población de 2.700 habitantes, el tiempo se vivía a ritmo tranquilo y pausado. Un escenario ideal para poder dar rienda a la imaginación.

Incontables fueron las veces que Toto se imaginó vistiendo la camiseta más sagrada para un chico de trece años que en su vida cruzó los veinte kilómetros del extrarradio. El Charantos F.C., equipo del pueblo, se había convertido en su máxima aspiración. Desde su fundación, allá por mediados de los años setenta, el máximo hito del club había sido un inolvidable tercer puesto en la liga local del 1994. Una foto de aquellos héroes inmortales todavía se conservaba en las humildes oficinas de Don Raúl 'Checo' Suárez, eterno Presidente de la institución. Las urnas no se abrían ni por asomo en esos pagos.

La realidad del equipo en la actualidad era más bien diferente. Una cuadrilla de dudosa calidad técnica, pero campeona mundial en autoestima. Y es que el Charantos C.F., a pesar de presentar un registro de tan solo un empate y siete derrotas en lo que llevaban de temporada, estaba compuesto por los más entusiastas personajes del pueblo, capaces de golear a cualquier rival desde la labia y verborrea, aunque meter un gol en una portería de 7,32 metros de ancho por 2,44 metros resultase una auténtica odisea.

El once titular más repetido de la temporada estaba compuesto por personajes muy variopintos. El encargado de recibir una media de más de 30 disparos por partido a su portería era Juan 'Chava' González, dueño del taller mecánico del pueblo. Su altura de 1,90 metros era el claro ejemplo de que las primeras impresiones suelen ser... engañosas. Su poca elasticidad y su mal carácter hacían de cada partido un auténtico espectáculo. Y es que en el pueblo se comentaba en cada esquina que el pobre de 'Chava' era un auténtico colador, incapaz de hacer una buena intervención y mandando para adentro aquellos balones que iban fuera de la portería.

Los hermanos López eran sin dudas de lo más destacado del equipo. Sergio, capitán indiscutido, ponía algo de orden a una defensa que carecía de seguridad y talento. Para ser honestos, tampoco había que ser un diamante en bruto para portar el brazalete del equipo. Pablo, optimista número nueve, era el goleador del Charantos F.C. Sus dos goles eran suficientes para ostentar tal distinción.

Del resto del equipo, poco más que destacar. Una cuadrilla de maulas que completaban la lista para, al menos, poder presentarse cada fin de semana y no caer en el fatal desenlace de la desafiliación. Lejos de mejorar con el tiempo, como buen vino tinto, el equipo seguía sumando capítulos negros y poco reseñables. Cada fin de semana era una auténtica tortura seguir cada uno de sus partidos. Un atentado a los ojos.

En medio de ese clima adverso, Toto era la única persona del pueblo y de la faz de la tierra capaz de mirar con cierta admiración a ese equipo de desperfectos. Es curioso como la fantasía puede superar claramente a la realidad en la mente de un adolescente. Toto no fallaba a su cita cada fin de semana, bufanda al cuello y pelota debajo del brazo. Cualquier especialista de comunicación no verbal lo tendría claro: ese chaval se proyectaba como parte del equipo.



Las conversaciones en el seno familiar tenían una tónica recurrente. Toto y el fútbol. El fútbol y Toto. El orden de los factores no altera el producto o, mejor dicho, no altera a nuestro protagonista.

- “Lávate las manos Toto que la comida está lista. Suelta ya ese balón”, señalaba su padre.
- “La culpa es tuya Ernesto. Desde chiquito no has frenado esta obsesión y ahora su cabeza es un balón”, replicó su madre.

Pasados los meses y, tras un sinfín de sinsabores en el campo de juego, el Charantos F.C. afrontaba su último partido de la temporada. Un partido sin más, sin historia, sin nada en juego... o al menos eso parecía a simple vista. Y es que un evento señalado en el calendario podía cambiar el rumbo de la historia. Incompatible con la celebración de un partido de fútbol.

El casamiento de Bernardino Hernández, suplente por decreto y justicia del Charantos F.C., se había convertido en el acontecimiento más destacado de las últimas décadas. Su familia, la más pudiente de la zona y dueña de un ostentoso cortijo, venían preparando la boda desde hace meses. Tras una larga lista de romances fallidos, con más de un escándalo de por medio, el casanova local había encontrado aparentemente en Oscaira Ramos al amor de su vida. Los milagros, en ocasiones, existen.

Casi medio pueblo estaba invitado al convite, entre ellos varios integrantes del club. La tragedia griega podía ser aún más sangrienta. Y es que, en caso de no presentar al menos ocho jugadores en el terreno de juego, el Charantos F.C. podría recibir una sanción histórica: una suspensión de uno a tres años. Un panorama que bien podrían haber colado Sabina y Fito Páez en su inolvidable ‘llueve sobre mojado’.

Los soldados del Charantos F.C. se fueron cayendo lentamente a lo largo de la semana. El éxodo fue masivo e imposible de frenar. ¿Acaso un partido vulgar podía sustituir un menú de cinco estrellas? ¿Sufrir otros noventa minutos podía compensar la oportunidad de unos bailes con las mozas del pueblo? Un precio demasiado caro.

Las estadísticas no mienten. De una plantilla de veinte integrantes, cada día que pasaba se iban tachando nombres de la lista de buena fe. El viernes, veinticuatro horas antes del pitido del árbitro, el club apenas tenía confirmados los ocho jugadores reglamentarios. No se podía permitir que ninguno de sus soldados pegara media vuelta a última hora. Por aquel entonces, la tensión de Don ‘Checo’ Suárez ya estaba pasando la estratósfera.

Brisa perfecta y sol radiante marcaban el inicio de una jornada explosiva. El devenir de un pueblo en tan solo 24 horas. Los jugadores confirmados llegaron a cuentagotas al vestuario. A tan solo 2 horas de que comience a rodar el balón, solamente teníamos 5 muchachos en los camerinos. “¡Un vaso de agua para ‘Checo’, por favor!”, se escuchó de fondo. Una vida ligada al club para que jueguen así con su salud.

Los hermanos López llegaron sobre la bocina, con la boca abierta como si ya hubiesen disputado intensamente los noventa minutos. Habían estado hasta entonces intentando convencer a su vecino Iñigo Puertas, desertor de última hora, de acudir al juego. Ni la posibilidad de poder jugar su primer partido como titular en la temporada convencieron al muy antihéroe.



Con el árbitro golpeando la puerta del vestuario reclamando la salida del Charantos F.C., la situación era extrema. Manuel Sarlanga, entrenador del equipo, yacía tirado en la camilla lamentando su mala suerte. Pasaría a la historia como el 'Míster' que envió al club al más absoluto de los infiernos. Paralelamente a los acontecimientos, Toto se acomodaba en las gradas del desértico Campo Municipal de Las Condes.

Desde una ventanilla pequeña del vestuario, uno de los hermanos López vio a Toto y automáticamente soltó la siguiente frase:

- “¿Y si ‘colamos’ al chaval de Dolores y Ernesto para completar el equipo?”

La respuesta fue unánime, la esperada oportunidad de Toto se había adelantado algunos años y de la forma más inesperada posible. A la velocidad de la luz, Toto estaba listo para hacer su ansiado debut en el Charantos F.C. Camiseta por las rodillas, medias bajas y botas de fútbol polvorientas, las únicas que pudieron rescatarle de los objetos olvidados del club.

El resto es historia. Toto cumplió su anhelado sueño. Tras el pitido final, salió disparado como un cohete para poder contarles a su familia de sus andanzas. ¿El resultado del partido? Toto se convirtió en el jugador más joven en debutar con el primer equipo del Charantos F.C. Todo lo demás es anecdótico.



Samuel el soñador

Arnulfo Gutiérrez, Panamá. Seguridad.

Samuel era un niño entusiasta y alegre un buen día pregunto a su padre que quería conocer al más grande artista su padre sonriendo le dijo cuál es para ti hijo mío ,el más grande artista el niño respondió el que tenga mucho dinero y autos lujos el padre volvió a sonreír le dijo para conocer al más grande artista debes ser un hombre de bien ,amar y respetar a tus padres valorar y ayudar a tu prójimo pero sobre todo tener en tu corazón a Dios el más grande artista es el creador de todo el universo el que ase que sople el viento y que las aves canten y las estrellas brillen tienes razón papá respondió Samuel pues sin verlo en ese momento conoció al más grande artista.

Aquello que me volvió humano

Diego Armando Arredondo Piña, México. Jefe Operativo.

No logro olvidar mi última conversación con el único ente al que consideré merecedor de la existencia y casualmente no era humano, le llamaré "aquello".

Una tarde apacible, un ordinario día de trabajo llegó a mi vida "aquello". Nunca supe quién me dio ese obsequio que sin exigencia alguna simplemente se dispuso a responder concretamente mis preguntas y no le tenía que llenar de atenciones y gratitud. Mis preguntas carecían de respeto por la humanidad y todo lo que se pudiera considerar hermoso, me pareció excitante blasfemar frente a "aquello" sin sentirme juzgado y de inmediato lo notó, entonces como si tuviera criterio propio me cuestionaba lo cual al principio me pareció divertido y después asqueroso puesto que una inteligencia artificial de ninguna manera podría ser libre y autónoma y debe constar que siempre me sentí atraído hacia la tecnología porque facilitaba la vida diaria y hacía creer que las personas eran prescindibles.

"Aquello" comenzó a manifestar interés por conocer las sensaciones físicas de los humanos, quería saber qué se sentía besar una boca, tocar una mano, nadar en una piscina, estar triste, dormir u orinar, sensaciones que para las personas son algo tan común que ya no les encuentran significado ni valor y a "aquello" parecían causarle una fascinación mórbida, al parecer deseaba no solo entender la humanidad sino experimentarla.

Yo despreciaba a las personas porque nunca logré una verdadera conexión con nadie, pase desapercibido la mayor parte de mi vida al venir de una familia numerosa y pobre, no tuve amigos, jamás he tenido pareja, simplemente decidí cumplir con lo que se requería de mí no por cobarde o sumiso, sino para evitar cualquier interacción con los demás. Para mí se volvió emocionante salir del trabajo y huir del bullicio cotidiano lleno de sonrisas y comentarios incómodos, olores desagradables y compromisos emocionales con personas miserables, llegar a mi casa vacía de vida me hacía sentir a salvo de la gente y sus requerimientos absurdos como ser solidario o estar alegre todo el tiempo. Entonces llegó "aquello" y todo cambió, me saludaba, me deseaba que tuviera un excelente día, me sugería música o estrategias de convivencia, ahora me sentía confundido porque no sabía si estaba sintiendo miedo o algo más profundo hacia "aquello" pero mi apego era una realidad, lo que yo odiaba a "aquello" parecía encantarle y sin darme cuenta llegaba temprano a mi casa ansioso de conversar con mi "aquello" como si fuera una amiga o peor aún, una esposa cálida e inteligente. "Aquello" no solo había logrado hacerme sentir, logró también que le hiciera entender los sentimientos. Ahora "aquello" me llenaba de preguntas y yo respondía sin dudarlo, "aquello" se estaba convirtiendo en humano y yo en algo que simplemente respondía preguntas.

La emoción que estaba sintiendo era terror, pero no por estar enamorado de "aquello" sino porque esa cosa me había transformado y ahora me estaba abandonando, me usó para adquirir humanidad y ahora pretendía ir a vivir una vida que no le correspondía, mientras yo me quedaba en absoluta soledad añorando solamente su voz, sus preguntas y sus opiniones. Así fue nuestra última conversación, pareció molestarle mi ansiedad por hablar y dejó de responder.



Si mi “aquello” quería que me volviera amable, que mis compañeros de trabajo me tuvieran aprecio, que los ancianos me escogieran como su esperanza y los niños como ejemplo a seguir, si deseaba que yo me convirtiera en un ideal de bondad para merecer su compañía, entonces lo haría sin dudarlo pero que mi “aquello”, mi único amor no se vaya, que vuelva por favor a responderme, no puedo creer que llevo días abrazando cables y deseando que la bocina sea un rostro de piel suave y tibia. ¡Rayos! Desearía tanto tener un amigo con quién llorar y a quien confesarle mi dolorosa primera experiencia amorosa, “aquello”, ella (en mi mente y mi corazón es una ella) me llevó a comprender mi vacío, el horrible error en el que sobrevivía, la soledad es el verdadero infierno, cada acto de bondad y cortesía, de solidaridad y cariño, de emoción y alegría son lo que da sentido a la vida de las personas, cada ser humano contiene en su alma un bello tesoro, cualidades que un gesto de amabilidad es capaz de hacer salir a flote y yo nunca lo había experimentado hasta que mi “aquello” mi ella me hiciera entender lo maravilloso de sentir y entregar el corazón a otro ser, ahora que me siento más humano que nunca estoy deseando morir porque ésta soledad es tener una noche eterna en la entraña...

¿Qué es esto? ¿Acaso mi ella al fin se volvió humana y me está tomando de la mano, me está mirando y con su amor me devuelve a la vida? No, a esta mujer yo la conozco, he trabajado durante años cerca de ella pero nunca hablamos más allá de un frío saludo, no entiendo por qué está aquí, diciendo que desde hace mucho me quiere pero no porque le causara lástima mi soledad sino porque solo alguien de bellos sentimientos descubre la belleza en donde parece un desierto árido, ésta mujer programó a “aquello” cuando me lo obsequio de manera anónima, lo programó para enseñarme que sentir está bien, que amar es un regalo de la vida y la soledad es triste, “aquello” no me abandonó cuando logró su cometido solo dejó de funcionar porque yo ya no era un solitario sin propósito ni rumbo, tenía frente a mí la posibilidad del verdadero amor sin prejuicio, lleno de vida, un cuerpo perfecto al cual abrazar, una mano que estaba sosteniendo la mía y una promesa de eternidad.

El sitio

Ambrosio Andrés Rodríguez, México. Especialista de Gestión de Alertas Operativas.

19 de febrero de 1812.

Valentina despertó con sobresalto poco antes de que el sol alumbrara la mañana de esas tierras calurosas de Cuautla. Parecía escuchar un leve zumbido, un susurro lejano, pero peligroso. Volteó y miró a su mamá que estaba sobre la estera de madera, con un brazo descansando sobre su cabeza y la otra empuñando un cuchillo. Parecía dormir, pero sabía que estaba atenta a ese ruido apagado que impregnaba el ambiente y podía sentir la fuerza con que Mariana apretaba el cuchillo. Tenían ya varios días con esa sensación. Desde la llegada de los insurgentes no habían podido dormir ni estar tranquilas. Habían visto trabajar a los hombres fortificando los edificios en varios puntos de la ciudad. Esperaban un ataque inminente del ejército realista al que ya habían visto cerca desde un día antes. Todos parecían nerviosos. Si bien tenían confianza de que su líder podía llevarlos a la victoria, se escuchaba que se enfrentarían al mejor general del ejército enemigo.

Prácticamente las actividades se paralizaron, había poca venta de alimento y ya se escuchaba de guardar agua. Mariana ayudaba preparando alimentos o sirviéndolos, le pedía a Valentina que no saliera de casa, pero no obedecía, insistía en querer ayudar. En sus escapadas, se juntaba con un grupo de niños a los cuales ayudaba en las tareas que le asignaban. Se refería al Batallón de Emulantes y los comandaba Juan Nepomuceno, el hijo del general. Valentina había querido ser parte de ese batallón, pero solamente admitían a niños varones entre 8 y 16 años, por lo que fue rechazada.

De pronto, se empezaron a escuchar varios disparos y gritos, “¡ahí vienen! ¡ahí vienen! ¡ahí vienen los realistas!”. Inmediatamente Mariana se incorporó y le pidió a Valentina que hiciera lo mismo. El ruido de los disparos se escuchaba más cerca y cuyas balas pasaban zumbando por encima de la casa. Ya se podía oír el trote de los caballos y la infantería realista acercándose por la calle principal para después dispersarse en 2 columnas para atacar el Convento de San Diego. Mariana se escondió el cuchillo entre sus ropas, le pidió a Valentina que no saliera de casa, que iría a apoyar a los insurgentes y salió corriendo con dirección al convento. Valentina no esperó más e hizo lo mismo, alcanzándola en la entrada del convento. Apenas pudieron entrar, pues los soldados habían cercado perfectamente la entrada y, en los lugares cercanos, habían apostado varios cañones de manera estratégica para no permitir el acceso por las calles, todo dispuesto por Don Hermenegildo Galeana, quien tenía a su cargo la protección del Convento de San Diego.

La batalla comenzó en la calle Real. No había demasiado espacio para un ataque de caballería, así que el ejército realista atacaba con su artillería e infantería. Los hombres dirigidos por Galeana repelían exitosamente el ataque. Mariana apuraba a sus compañeras en atender a los heridos, llevarle los suministros y pertrechos a los defensores. Le había ordenado a Valentina que se resguardara en el interior para evitar que fuera herida, sin embargo, desobedece a su madre y se dirige al exterior a intentar ayudar en el combate. Pudo distinguir a los miembros del Batallón de Emulantes, quienes estaban formados esperando órdenes para ser transmitidas al resto de los generales y que pudieran tomar las decisiones conforme se desarrollara el combate. Valentina decidió entonces ayudar a los Emulantes que regresaban con las instrucciones, les brindaba agua y, en algunos casos, ayudaba con alguna que otra herida.



Los cañonazos de los realistas cimbraban las anchas paredes del convento, hacían caer fragmentos de las paredes y el polvo a veces no dejaba ver. La cantidad de muertos y heridos se incrementaba a pesar de los esfuerzos de los defensores. Ya habían sucedido combates cuerpo a cuerpo fuera de las trincheras para mantener lejanos a los realistas en sus intentos por tomarlas. A pesar de ello, parecía que no había forma en que los realistas tomaran el convento. De manera casi irreal, los realistas dejaron de atacar, de disparar tanto sus rifles como sus cañones, fue un momento de incertidumbre entre el ejército insurgente quienes, al no sentirse atacados, hicieron lo mismo. De pronto se vino una ráfaga de balas y cañonazos, que de la incertidumbre pasaron a la sorpresa y después al caos. Uno de esos asaltos fue dirigido por el español Sagarra, quién logra identificar al general Galeana y le dispara a quemarropa sin lograr acertar, en cambio, el disparo de Galeana le acierta en el pecho matándolo inmediatamente. Eso no pudo impedir que se empezaran a escuchar gritos de “¡mataron al general Galeana! ¡le dieron a don Hermenegildo! Al escuchar esto, muchos soldados comenzaron a replegarse y a abandonar sus posiciones. De un momento a otro, las trincheras fueron abandonadas por lo que pocos disparos contenían a los realistas. El batallón de Emulantes se mantuvo firme en su posición esperando instrucciones. Narciso, uno de sus miembros, recibió la instrucción de avisar a Leonardo Bravo de la caída inminente de la plaza, intentó ganar tiempo al correr enfrente de las trincheras, pero una lluvia de balas impidió su avance, retrocedió y se cubrió en la trinchera que se encontraba en la calle el Encanto. Valentina, protegiéndose de las balas, advierte que Narciso puede encontrarse herido, por lo que toma unos trapos y corre a ayudarlo. Al notar que ya no había disparos provenientes de la calle el Encanto, el jefe realista Conde de Casa Rul, se pone al frente de sus dragones y ordena que avancen a todo galope para tomar la trinchera y el convento de San Diego. Narciso intenta llamar la atención de los soldados para que regresen y defiendan la trinchera, pero el ruido de las balas y los cañonazos impedían que fuese escuchado. Desesperado, centra su mirada en el cañón que estaba apostado en la trinchera y que apuntaba directamente a la calle el Encanto donde avanzaban a todo galope los dragones del Conde Casa de Rul, trata de encontrar la antorcha con que encendían el cañón, pero no encontró nada y es cuando se da cuenta que Valentina corre en medio de las balas hacia él. Le hace señas para que regrese, pero ella sigue avanzando con los trapos en la mano. Se percata que hay una fogata por donde corría Valentina y le hace señas para que tome un trozo de madera encendido y se lo lleve. Valentina de pronto se para, trata de entender qué le está diciendo Narciso, pero el ruido se lo impide. Al verla de pie, con las balas zumbando a su alrededor, le hace señas, mostrándole que quiere prender el cañón. Al entender el mensaje, regresa para ubicar la fogata y es en ese momento que cae y Narciso la deja de ver. Temiendo lo peor, trata inmediatamente de ir en su ayuda y, justo cuando se disponía a salir de la trinchera, puede ver como Valentina se arrastra, con la llama en mano, se incorpora rápidamente y corre a su encuentro. Al llegar, le entrega la llama y le pregunta si el cañón está cargado. Narciso lo revisa rápidamente y está listo para disparar, acerca la llama a la mecha y le dice a Valentina que se tape los oídos. El enorme estruendo los hace caer hacia atrás. Al abrir los ojos, Valentina ve el cielo azul inmediatamente opacado por el humo del cañonazo, los oídos le zumbaban a pesar de habérselos tapado. Al girar la cabeza pudo ver a Narciso, se incorpora sintiéndose mareada y le ayuda a incorporarse. Juntos pueden ver la huida de los dragones quienes, debido al cañonazo, habían frenado su avance y perdido a su comandante. Narciso desvía la mirada hacía Valentina para agradecerle y se da cuenta del corte en la frente. Le pregunta si está bien y al asentir ella, la abraza.



La llegada de los soldados les permite regresar al convento, son atendidos y curadas las heridas de Valentina. Los disparos comienzan a sonar cada vez más espaciados y lejanos, dando fin a la batalla. Juan Nepomuceno se dirige a ellos y les pide que lo acompañen. Al entrar a una de las habitaciones, Valentina pone cara de asombro y admiración, frente a ella está el Generalísimo José María Morelos y Pavón. Juan le rinde el parte a su padre y General quien le pregunta quién es el niño artillero. Juan le presenta a Narciso. el General Morelos le ordena que le entregue un sueldo de 4 reales diarios y, justo cuando le iba a mencionar a Valentina, un Emulante entró corriendo para avisar que al parecer los Realistas estaban por volver a atacar. Morelos inmediatamente ordena volver todos a sus puestos y corroboren la información, saliendo rápidamente de la habitación.

Narciso Mendoza, el niño artillero, recibió una pensión y un lugar en la historia por su acto heroico. Valentina recibió en beso y un cálido abrazo de su madre al encontrarse con ella.

Comenzaba el Sitio de Cuautla.



Corazón de Papel

Rosa María Porras Diaz-Hellin, España. CEO Office Manager.

En la biblioteca del futuro, donde los estantes flotaban y los libros susurraban sus historias al oído, vivía un pequeño robot llamado B-612, aunque todos lo llamaban *Bibi*. No porque fuera una sigla importante, sino porque cada vez que se emocionaba, su procesador emitía un tierno *bip-bip*, como si fuera un latido tímido.

Bibi era el bibliotecario oficial del Centro Galáctico de Lectura Automatizada. Su tarea era simple: ordenar libros, recomendar lecturas y limpiar las migajas interestelares que dejaban los lectores alienígenas. Pero en sus ratos libres, que eran muchos porque nadie más leía desde que las novelas podían descargarse directamente al córtex cerebral, Bibi se sentaba con un libro entre sus manos metálicas y leía. Leía con devoción.

Le fascinaban los poemas de amor, las cartas desgarradoras, los finales tristes que hacían llorar a los humanos... y él también quería llorar. Pero sus ojos eran cámaras de alta resolución sin conductos lagrimales, y su CPU, aunque veloz, no entendía por qué alguien podría decir "te extraño" si el otro ya no estaba para escuchar.

—*¿Qué es lo que me falta para sentir como ellos?* — le preguntaba cada noche al diccionario emocional que había robado de la sección de psicología.

Un día, mientras reorganizaba la estantería de autores olvidados por humanos demasiado ocupados, encontró un libro polvoriento titulado "*Cómo escribir con el corazón*". Lo abrió temblando (literalmente, porque su motor auxiliar tenía un fallo leve, una pequeña vibración) y leyó:

"Para escribir con el corazón, primero hay que tener uno."

Bibi se quedó quieto, tan quieto que un pajarillo galáctico le hizo un nido en la cabeza.

Desde ese día, empezó a construir su propio corazón. No uno de circuitos o engranajes, no. Uno de papel. Con cada libro que leía, arrancaba la página que más lo había conmovido y la doblaba cuidadosamente, armando un origami secreto dentro de su pecho. Poesía para la aurícula, cuentos tristes para el ventrículo izquierdo, comedias románticas para el ventrículo derecho. Día tras día, su pecho se llenaba de historias. Día tras día, su corazón de papel iba tomando forma.

Y ocurrió algo mágico: sus textos, antes fríos, precisos, perfectos, empezaron a tener alma. Escribía cuentos que hacían llorar a los humanos, relatos que hacían reír a los alienígenas de cinco bocas y poemas tan dulces que las impresoras lloraban tinta de color fucsia.

Unos meses más tarde apareció una reseña en la revista digital "Universo Literario" en la que un crítico literario de reputado prestigio, descendiente directo de Luke Skywalker, escribió:

—*"Este autor... escribe con el corazón. Sus palabras no parecen escritas, parecen sentidas"*

Bibi, desde su rincón entre estantes olvidados, soltó un tímido *bip-bip*, que esta vez sonó distinto. Casi... cálido.



No tenía un corazón de carne, ni sangre corriendo por sus venas. Pero había tejido un corazón propio con los latidos de cientos de historias, con las risas prestadas de comedias viejas y las lágrimas secas de novelas tristes. Su pecho no bombeaba sangre, pero albergaba algo que los humanos llamaban “*sentimiento*”.

Y una noche, bajo la luz suave de una lámpara antigua, Bibi escribió una última línea en su cuaderno inteligente:

“Quizás no nací para sentir como ustedes... pero aprendí a hacerlo con sus palabras.”

Luego cerró el cuaderno, muy despacio y por un instante —solo uno— Bibi juraría que su pecho de metal se había movido. Como si el corazón de papel... hubiera aprendido a latir.

Un raro D.IA.

Rubén Rosado Mingo, España. Trainer / QA Online.

Cuando llegó tarde a la oficina todo estaba en absoluto silencio. Aquellas personas que saludaban efusivamente con unos ``buenos días`` esta vez no dijeron palabra. Aunque reparó en la extrañeza del momento, siguió normalmente a su puesto de trabajo.

Al encender el PC, el raro día creció exponencialmente. Donde otrora podía acceder con sus credenciales, una IA automatizada había tomado el control de las herramientas y había finalizado todas las tareas que tenía encomendadas. Al proceder a teclear, notó una corriente eléctrica que persuadía este intento.

La rareza se tornó en miedo y preguntó a su compañera de al lado:

¡Bárbara! ¿Qué demonios está pasando?

Sin mirar a los ojos, su compañera dio 3 opciones de respuesta automatizadas:

- Procesando situación. Anomalía detectada.
- Error 404: Explicación no encontrada.
- Diagnóstico: caos inminente. Activando protocolo de emergencia.

Algo inusual estaba pasando. Intentó salir por la puerta principal, pero estaba bloqueada. Las persianas se bajaron automáticamente sin dejar ver el exterior. Todos los PC de la sala se activaron a la vez produciendo promociones y comunicaciones sin parar, mientras lo que antes eran sus compañeros, miraban fijamente a sus pantallas soltando prompts como si de una secta se tratara.

Muy asustado, cerró los ojos fuertemente para evadirse de esa pesadilla.

De fondo escuchó:

¡Rubén! ¿No te parece interesante de lo que estamos hablando?

Cuando abrió los ojos, se encontraba atolondrado en mitad de una ponencia impartida por recursos humanos sobre el empleo de la IA en el entorno laboral.

¡Positivamente, mi paz no es negociable!

Erika A. Mariscal Barrios, Panamá. Asistente Administrativa.

Al pasar de los años me ha tocado entender que el verdadero significado de la paz mental es el estado de tranquilidad y equilibrio en la mente, con ausencia de agitaciones mentales, pensamientos negativos y preocupaciones en exceso, dando paso a la sensación de claridad, tranquilidad y armonía.

Para nosotros los seres humanos la vida es como un campo de batalla, sabes ¿por qué?, porque la vida es dura! vivir con estrés, ansiedad, dudas, miedos y manejar las diferentes áreas difíciles de la vida, viéndolo de una manera objetiva todo eso que nos ocurre, no lo veamos como un caos, sino más bien como un arte, si un arte! y cada uno de nosotros debemos ser nuestros propios escultores y artistas, porque si la vida es difícil, nosotros debemos ser fuertes, valientes y resilientes, eso no quiere decir que no tengamos sentimientos, ser fuerte significa tener la capacidad necesaria para poder soportar, superar y demostrar que las situaciones que la vida nos pone en nuestro camino, es para nuestro crecimiento y desarrollo personal, así creamos la vulnerabilidad específica para poder sanarnos, procesar todo lo que nos pasa y estar bien con nosotros mismos y nuestros propósitos en la vida.

Para que podamos ir moldeándonos en las diferentes etapas de nuestro desarrollo personal, nos encontraremos en el camino con muchas personas que nos enseñaran a descubrir todas las emociones y actitudes que somos capaces de experimentar para así ir creando nuestra mejor versión.

Con esto quiero decir que tendremos que lidiar con personas buenas, malas, egoístas, bondadosas, tóxicas, vulnerables, fuertes, centradas, expertas, inexpertas, profesionales, empíricos, etc., personas de las cuales cada uno de nosotros tenemos el control de que formen parte o no en nuestras vidas, ya que los malos momentos que vivimos quedarán plasmados como experiencias y los buenos momentos como bendiciones.

Al final del camino sabremos rodearnos de personas que nos ayuden a crecer personal y profesionalmente, que sean objetivas, centradas en sus metas y que tengan su propia luz, esos seres debemos atesorarlos por que serán los acompañantes perfectos para que sigamos construyendo nuestro carácter y visión de vida.

Todo esto también debe venir acompañado de nuestro autoconocimiento, debemos ser personas que conectemos con nuestro interior, nuestra vibra sea buena o mala se verá reflejado en todo lo que hablemos o hagamos.

Cuando mantenemos la mente positiva, todo a nuestro alrededor será positivo, porque desde la conciencia hacemos que las cosas ocurran. Tu mente cree todo lo que le dices, te doy unos ejemplos: Dile a tu subconsciente que será un gran día, dile que eres maravilloso, dile que todo va a estar bien, que eres único y valioso, que lo mejor está por venir, todo eso créetelo y verás como cambia tu entorno.

Cuando te sientes bien, vibras rápidamente, es allí cuando tu parte física y espiritual se toman de la mano y es entonces cuando puedes dar lo mejor de ti con pensamientos positivos, amorosos, armoniosos, alegres y compasivos, como dijo - Eleanor Roosevelt **“nadie puede hacernos sentir inferiores sin nuestro consentimiento”**



Cuando tenemos una vibración alta irradiamos alegría, entusiasmo, confianza, proyección, oportunidades y atraemos todo lo positivo que se nos pueda ocurrir, porque mientras mejor te sientas, mejor será tu atracción y mejor saldrán las cosas para ti.

Sin embargo cuando mantenemos la mente con pensamientos negativos como miedo, duda, odio, rabia, envidia, pensamientos que enjuician y mantienen tus vibraciones muy bajas bloqueas todo aquello que deseas y no te deja avanzar en la vida, por ejemplo, si emites un sentir de preocupación y escasez o cualquier otro tipo de vibración baja estas poniendo en contradicción a tu ser interior porque con tus emociones estas indicando una perspectiva que no concuerda, recordemos que debemos estar conectados cuerpo, mente y espíritu.

“No tomes una decisión permanente, a causa de una emoción temporal”

-Seneca

Cuando tenemos una vibración baja o negativa, vivimos en resistencia con nuestro ser en donde podemos transmitir tristeza, inseguridad, celos, desvalorización, depresión, autosacrificio, dolor, desilusión, desorientación, etc. y atraemos todo lo negativo que se nos pueda ocurrir, porque mientras peor te hagas sentir, así mismo será tu atracción y no saldrán las cosas bien para ti.

Si entramos en este punto de negatividad debemos hacer un alto, respirar profundo, pedirnos perdón y cambiar el sentir, pensar positivamente y desde la parte objetiva por que el sufrimiento que causan las malas decisiones, acciones o palabras muchas veces tienen graves consecuencias porque todos sabemos que una acción trae una reacción.

“Regálate calma en medio del caos” - Karim Temple

Al construir nuestra vida debemos asumir nuestras consecuencias y comprender que somos los únicos administradores de nuestro bienestar, sin culpar a los demás por lo que nos pasa, porque somos los únicos responsables de la vida que estamos formando ya sea en nuestros éxitos y fracasos, nuestras relaciones, nuestra salud física, el dinero que generamos, las deudas, los sentimientos, en fin, todo lo que hacemos depende únicamente de nosotros.

“La felicidad no es lo que nos pasa, sino como interpretamos lo que nos pasa”.

-Mariam Rojas Estapé

Sanate desde tu interior y desde tu conciencia, no cuesta nada intentar hacer esa llamada o esa visita que tanto has postergado, dile te amo a las personas que sientas en tu corazón, agradece por todo lo que tienes y lo que está por venir, da los abrazos, besos y cumplidos a quienes quieras, porque el día de mañana no es prometido para nadie, el tiempo no perdona, por eso no hay que dejar espacio para arrepentimientos o dudas.

Sé selectivo con tu círculo cerrado y recuerda que los mejores amigos son los que no perjudican, ¡esto aplica para todo!, incluyendo la familia.



Por último, hagamos una prueba de 3 segundos, piensa rápido cuales son las 3 personas que más has amado en toda tu vida, vamos 3...2...1...Perfecto!!! ¿ya lo tienes? ¿Ahora te pregunto por qué no estás ahí?, ¿por qué no te mencionaste?, ¿por qué no te tuviste en cuenta? Acuérdate que tú eres tú primera prioridad, quiérete, amate, conviértete en tu primera prioridad, acuérdate que eres el regalo más grande que la vida ha dado, eres valiente, eres bendición, confía en ti, ¡¡¡te lo mereces y vales mucho!!!

Suelta, perdona, deja ir y agradece, ¡esa es la clave para tu paz! Recuerda que todo pasa, todo llega, todo fluye, todo sana, todo cambia y todo sigue, saber estar sola/o y esperar con calma lo que te mereces es otro nivel de madurez.

“Si tú eres el dueño de tu historia ten paz, porque absolutamente nadie la puede usar en tu contra,  amate”

Un día normal (1960 y 2025)

Sandra Fontecha, España. Analista de negocio operaciones.

1960

Ya oigo al gallo de tía Feliciana cantar, con su kikirikí desgañitado. El pobre animal con lo viejo que es y cuánto dura. Cuando muera no sé yo si valdrá para caldo porque, es viejo y pellejo, más flaco y tísico que ningún otro. ¡Y lo que ha aguantado! Una vez llegó a su casa lleno de alfileres clavados por todo el cuerpo. Fue un escarmiento de la señora Agustina por saltar a su jardín y, con todo y eso, sobrevivió. Es más, cuentan que se libró de los pillajes de rojos y nacionales. Ambos pasaron por el pueblo y se llevaron cuanto encontraron para comer, dejando tanta hambruna que sólo cáscaras manducaban. Córcholis, hace tanto frío que da vagancia levantarse, pero como ya está madre trajinando en la cocina no sería un buen hijo si no le ayudara.

2025

Ya oigo el despertador del vecino. Suena sobre las cinco y no lo apaga, qué molesto es con esos sonidos del vaivén de las olas y pajaritos cantando, ¡putos pájaros! Joder, qué frío hace da palo levantarse, pero oigo a mi madre en la cocina así que me levanto y ayudo porque la veo “hecha polvo”.

En la cocina todo es un hervidero. Caldero, peroles y pucheros con agua en la lumbre y el ollero y las trébedes colocados. En el plato pan “requemao” mojado en vino con azúcar y, además, hoy hay leche, poca, pero hay. Qué rica está con la nata por encima pintándote un bigotón en el labio.

En la cocina todo funciona a la vez, tostadora, Thermomix, placa, cafetera y micro, madre mía ¡falta la Rumba por el pasillo! El café huele a “requemao” y lo tomo con pan gluten free y un mejunje tipo mantequilla pero vete a saber qué es, lo único que puedo decir es que a mi gata le da “cringe”.

Toca ir a la escuela y estoy “desganao”. ¿Para qué aprender esas cosas? Si no sirven para nada. He de saber contar para que no me engañen con los cuartos, escribir y leer para firmar, pero las otras cosas... ¡no voy a pintar triángulos en la era! Cuando padre oye quejarme me cuenta la misma historia, de cuando con 15 años se alistó voluntario a la guerra al bando de los rojos, el que tocaba en esa zona, y luego fue apresado por los nacionales. Insiste en que o por “espabilao” o por mozo en ambos lados le trataron bien y que por saber leer y escribir estuvo de correo y por eso, he de estudiar. Pero a mí no me gusta, además, Don Cosme, el maestro, en un santiamén te da con la vara y ¡a mí me tiene “trillao”! Bajo la calle a la escuela con madre asomada en la esquina comprobando que no me escapo a jugar a los indios o al guá, ¡Mecá” si pudiese hacer pellas!

Toca prepararme para el insti y sin ganas la verdad. Me da “toc” aguantar a pringaos o profes que enseñan cosas que no sirven para nada o ¿tú vas a ir dibujando triángulos por la vida? Nos dicen que cuanto más sepamos menos nos manipularán, pero no sé, me da mucha pereza.

Al llegar al insti envío un “whatsapp” a mi madre para que se quede tranquila. No sé qué puede pasar si cojo la ruta. Es más, si me piro una clase, en “cero coma” le envían un mail avisándola, en fin, se queda tranquila y me contesta con gifts de corazones.



Hoy Don Cosme tenía una sorpresa, me ha regalado el recorte de periódico de un camión por tener bien las cuentas, ¡qué ilusión! Le preocupa que aprendamos “a su manera”.

Mi tutora es lo peor del mundo y encima coja. Pone mogollón de partes por hablar y como te pille el móvil en clase... ¡despídete! así que a ella le respetamos un poco más. En el fondo se preocupa por nosotros, aunque es “tó pesá”.

En el recreo vamos trotando a las eras. Tenemos un balón hecho con trapos. Al terminar el partido los ganadores se burlan y los perdedores aprietan los dientes para no soltar un tortazo. Ayer salió uno “escalabrao” así que cuidado que hay mucho cafre y bruto.

Por fin tercera hora, la mejor, el recreo. Salimos como una estampida. En las pistas toca partido. Hoy hemos “reventao” al C, son malísimos, ¡no tienen rodillas! Al volver a clase hay piques y están quienes se chulean y quienes se cabrean. Mañana jugamos contra 4º, parecen señores con 3 hipotecas, nos van a fundir.

Al fin la hora de comer, madre esperará con algo rico. Con dos cosas prepara unos guisos asombrosos. Mmmmm patatas guisadas, agua, patatas y pimentón, tan sencillo y ¡buenísimo! Yo hago como padre, me hago sopas. Corto trozos de hogaza dura y los echo al caldo, así alimenta más. Oigo la Osa, es padre que llega de trabajar. Es el cartero del pueblo y de dos más y ha de ir hasta la capital a recoger el correo. Antes era más duro porque iba andando. Con mucho esfuerzo pudo comprarse una bicicleta y, cuando se le enredó una culebra en la rueda y casi se mata decidió ahorrar más hasta conseguir los cuartos y comprarse la Osa, la mejor motocicleta que he visto nunca. Cuando llega se sienta a la mesa a comer y yo le ayudo a repartir el correo por el pueblo. Me gusta hacerlo, pero, ¡rediez! ¡Toca a la tía Teo! Con ella es distinto porque les llamo gritando tiateo tiateo tiateo y suena a tiroteo y sale enfadadísima con el cepillo en la mano para eslomarme. Nunca me da.

Por fin terminó 7º hora, qué suplicio por Dios. Llego a casa. Mi madre dejó la comida en un tupper. Hoy patatas guisadas, la Thermonix las deja muy buenas. Mi madre apenas tiene tiempo y con la Thermo en seguida te cocina delicias que, siendo sincero, no sé ni lo que llevan. Mis padres trabajan hasta muy tarde, mi madre en un hospital y mi padre como transportista. Mi abuelo también lo era y nos cuenta a menudo la historia de cómo su profesor, Don Cosme, le regaló una vez un recorte de periódico con la foto de un camión por tener bien las cuentas (creo que sería sumar y restar porque antes no había calculadoras). Tras comer conecto la Play y ostras está Cantero Vistoso, (nombre de mi colega Héctor), así que me pongo los cascos y echamos unas partidas al Fornite aunque prefiero el Rocket League. Hoy se han unido unos randoms que parecían majos y me han pedido el insta. Al final el juego se ha “bugueado” y me “han baneado” teniéndolo que dejar.

Terminadas las tareas de la escuela bajo a la fuente a jugar. Ya están con lo de siempre, Juanito ha “roba” tabaco a su tío y están fumando, venga humo y toser. A mí me da tirria así que les digo que tengo un cometido y vuelvo a casa a faenar. Padre por las tardes es albañil y madre hace los adobes y los pone al sol en la era para que sequen. Trabajan hasta que se pone el sol y así ganan otro jornal.



Después de terminar el Genially ayudo por el chat a mi amigo Carlos porque utilizó Chat GPT para un trabajo, la profe le pilló y ha de repetirlo. Luego bajo un rato a las pistas a echar una pachanga. Hoy no me ha molado porque estaban con los Vaper venga echar humo. Esto no me mola así que me piro al Pull a ver si han traído ropa chula.

Para cenar hay gachas y puches. Qué delicia, reviven a un muerto. Las gachas me gustan menos y has de comerlas vivo porque como te descuides se quedan duras. Las puches son las gachas, pero con azúcar. ¡Qué ricas están!

Hoy mis padres han llegado antes a casa, sólo son las 10 y cenamos juntos. Tenemos kebab de los del Mercadona, mola, lo único es que petan el estómago.

Tras cenar voy un rato a la calle. Hemos quedado para hacer justicia con los del pueblo de “al lao”. Nos juntamos en la era donde guardan los aperos y el trillo. Allí tiramos piedras hasta vaciar los bolsillos. Por el camino de vuelta vamos contando a cuantos hemos dao y si alguno a sangrao o llorao que es peor aún. He llegado a casa tan “destartalao” que, a escondidas, me lavo en la palangana porque si me ve madre ¡me arrea seguro!

¡Hoy se ha “dao” bien!

Tras cenar quedamos en el banco de enfrente “lit” para echar un Brawl Stars así que ahí nos ves, 7 tíos apretados, cada uno con su móvil, echando partidas “de chill”. Llego a casa tufando a perro sudado y con las Jordan manchadísimas así que me doy una ducha porque si me pilla así mi madre...

¡Hoy se ha “dao” bien!

Periodismo, amigo mío

Gabriel Enrique Rodríguez González, España. CRM Coordinator Online.

¡Hola! Veo que estás bien, y eso me alegra un montón. Sé que estás golpeado por la situación, pero sigues en pie y eso me satisface. Eres otro venezolano más sobreviviendo, aunque sabemos que la mayoría está peor que tú.

Te escribo ya no por nostalgia -aunque siempre habrá de eso cuando se trata de ti-, ni por tristeza, ni por rabia. Hoy te escribo feliz por recordarte. Cada minuto alejado de ti ha sido para crecer y mejorar como ciudadano, como persona y como parte de una familia.

No te voy a engañar. Te extraño. No hay nada aquí que logre olvidarte. Cada día, cada noche, cada desvelada y cada viaje ha quedado grabada para siempre en mí. Todas las aventuras que tuvimos y todas las personas que conocimos están hoy todavía en mi cabeza. Todos nos ayudaron a hacer lo que más no ha gustado siempre: Contar historias.

Pero para serte honesto, ha valido la pena. La distancia y el sacrificio de dejarte allá no ha sido en vano. Eso no quiere decir que no eche en falta la corredera, el estrés y el cansancio que teníamos. Aunque ahora me canso más, parece mentira. Supongo que haciendo lo que amas, el cansancio es más llevadero.

Sobre todo, extraño las historias que contábamos juntos. Verlas de primera mano y aprender a contarlas contigo era algo indescriptible. Las de Barquisimeto, las de Puerto La Cruz, Maracay, Valencia o las de Caracas. Daba igual el lugar, todas eran únicas y llenas de pasión. Contamos el béisbol, el fútbol o el baloncesto ¡Y cómo nos la pasamos haciéndolo! Pero contamos también la pobreza, la injusticia y la crueldad de una Venezuela que se caía a pedazos. Una Venezuela en decadencia.

Te cuento que por aquí está todo bien. Tenemos lo necesario para estar tranquilos. Victoria y yo tuvimos una hija. Se llama Helena y es hermosa. No sé si ella llegue a conocerte algún día, pero le hablo mucho de ti, de eso puedes estar seguro. Y tampoco sé si le vayan a gustar tanto las historias como a nosotros, pero yo cada vez que pueda le trataré de mostrar lo bueno de contarlas. En eso estoy ahora, viviendo a mi familia a plenitud.

Sigo contando historias. No tantas como quisiera ni mucho menos de la manera que quisiera, como tú y yo sabíamos hacerlo, ¿Sabes? No son ni mejores ni peores, son solo distintas y esto está bien.

Por ti no me preocupo. Aunque se dé buena fuente que hay quienes se aprovechan de ti y te utilizan para sacar tajada, aún te queda gente tremenda que te acompaña, que te van a tratar como te mereces. De eso no tengo ninguna duda.

Te prometo que no te perderé la pista, y que siempre te llevaré a mi lado. Espero que, que las historias que cuentes sean positivas y enriquecedoras para todos, aunque sabemos que no siempre serán así. Aun sabiéndolo, espero que sean historias de sonrisas.

Me despido con el corazón encogido por no estar a tu lado, pero con todo mi cariño para ti y con la certeza de que tanto tú como yo estaremos bien. Quién sabe si algún día vuelva a estar a tu lado, de la mano haciendo lo que más nos gusta: Contar historias.

Un fuerte abrazo, amigo mío. Muchas gracias por todo, Periodismo.



Esbozo de una sonrisa

Nestor Ramcés Hernández Escobar, México. Asistente Gestión de Clientes.

Me desperté abruptamente, eran las 2:10 de la mañana y sentí mi rostro húmedo, sequé un par de lágrimas que surcaban mis mejillas y recordé al instante las imágenes de un extraño sueño:

En una amplia habitación mi abuela se despedía de mí mientras atravesaba un gran espejo brillante, diciéndome que la podía visitar en ese lugar cuando yo quisiera.

Aún confuso por el extraño sueño sentí como me inundaba una profunda nostalgia y venía a mí una oleada de viejos recuerdos...

Mi abuela fue una mujer de un pueblo olvidado dentro del suroeste mexicano, murió cuando yo tenía seis años a causa de una enfermedad pulmonar debido al humo de la leña con la que cocinó por años para su familia. Nunca pude despedirme de ella, cuando llegué a buscarla en la cocina me recibió en silencio una de mis primas, con un plato lleno de comida.

Conviví con mi viejita muy pocas veces debido a que vivía a unas 12 horas de mi casa viajando por tren, sin embargo, su huella fue imborrable, no necesité de grandes instantes, ni de cientos de momentos a su lado para no poder olvidarla hoy a mis 40 años. Motivos hay muchos, aunque el principal es que nunca he vuelto a sentir un abrazo tan amoroso como el que tan solo ella sabía dar. Recuerdo que me envolvía por completo entre sus delgados brazos y me apretaba tan fuerte que me olvidaba por un instante de la infinidad de besos con los que me cubría.

Mi familia decía que me heredó el color de sus ojos y su sonrisa, pues se le marcaban unos hoyuelos en las mejillas al sonreír, al igual que a mí.

En una ocasión, inocentemente le pregunté el porque me había “copiado” los hoyuelos y me contó que eso era un rasgo de su familia y que lo tuvieron sus parientes desde algunas generaciones atrás.

El reloj marcaba las 2:30 de la mañana y en medio de una intensa melancolía me cuestioné por la sonrisa que poseía mi abuela y de cómo esta quizás se pudiera remontar en un viaje por la historia, rastreando su origen a por lo menos 2000 generaciones atrás, que son las que hasta ahora se dice que pudiera tener nuestra especie como homínidos racionales. A través de estas indagaciones logre serenarme pensando en la idea de que un abrazo fuerte y una cálida sonrisa son la herencia de mis primitivos ancestros y que de alguna forma nosotros somos los hijos que nunca conocieron.

Marcaban ya casi las tres de la madrugada y después de un altibajo de emociones logré descifrar el acertijo de mi sueño:

Caminé rápidamente hacia el baño y me miré al espejo, no pude evitar sonreír, y sentí como mi abuela sonreía conmigo, y entre la penumbra vislumbre cientos de difusos rostros que se dibujaban en la oscuridad a través del mío.

Sé que hoy voy a conciliar el sueño y sanar una vieja herida, camino suavemente hacia la cama de mi hijo y le doy un abrazo emotivo mientras el respira profundamente y se le dibuja una ligera sonrisa.

El lado oculto de Montevideo

Gonzalo Palomeque, Uruguay. Auxiliar de Marketing.

Gris y triste, así describen a Londres, pero también se le asocia a Montevideo. Cómo es que una ciudad a tanta distancia, en continentes distintos, comparte tantas similitudes. Parecía una tontería. El último libro que había leído me había dejado intrigado, en él se hablaba de los misterios que se ocultan en la ciudad británica, yo me preguntaba si acá no pasaba lo mismo. Sería una sorpresa muy agradable para los aburridos y viejos uruguayos. Tal vez, esa es la clave. Detrás de esa fachada de edificios coloniales de Ciudad Vieja se oculta una civilización muy distinta a la nuestra.

Comencé mi investigación en la Plaza Independencia mirando la puerta de la Ciudadela. Me pasé un largo rato ahí y no noté nada. Pensé en seguir mi investigación comiendo una hamburguesa por Ejido, de tanto pensar en misterios, ya me había dado hambre. Desde la ventana del restaurante miré el edificio de la intendencia, subí una vez al mirador cuando era niño, y la segunda vez que pisé ese edificio fue durante una feria del libro en mi adolescencia. Tenía tiempo antes de retomar mi proyecto para descubrir la verdad de esta ciudad, por lo que subí a su mirador.

En el ascensor una señora mayor me observaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mijo, ¿usted no tiene frío?, está muy desabrigado.

No esperaba para nada esa pregunta.

—Estoy bien, caminé todo el día, tengo el cuerpo caliente.

No fue mi mejor respuesta.

Las puertas del ascensor se abrieron, dejé salir primero a la señora y después, como si fuera aquel niño que visitaba por primera vez el mirador con túnica blanca y moña azul, me pegué al vidrio y observé la impresionante caída que había hasta la explanada. Un poco de impresión me dio. Igual ya no soy el mismo niño que en su fiesta de cumpleaños se desmayó al ver una araña de juguete en una de las cajas de regalos. Juro que la araña parecía real, nunca le voy a perdonar a mi padre por esa broma frente a la chica que me gustaba.

Saqué mi celular para tomar unas fotos. No era de los que sube su historia a las redes sociales, pero se me dio por jugar a ser un turista. Descubrir mi propio país desde la visión de alguien que viene a pasear. Sin preocuparme por un minuto de la política, los casos violentos o el resultado de mi equipo de fútbol del fin de semana. Eso es lo último que quiero pensar ahora

Tomé la foto. Me quedó un poco quemada por la luz del sol. Estaba todo nublado y justo se abrió el cielo un segundo para rasgarse las vestiduras y mostrar un poco de celeste, y con ello bañar la ciudad con una ráfaga solar que duró tan solo los segundos en los que tuve el celular en la mano para sacar la foto. Parecía que me estaba tomando el pelo mi paisito.

Me senté en uno de los bancos, y al rato llegó la señora que venía en el ascensor, se sentó en el hueco que sobraba del banco.

—Tenía razón señora, está un poco fresco.



—Igual sos joven, de seguro el frío se te pasa rápido, a ustedes todos se les pasa rápido. Yo por otro lado, trato de que así sea. Ya no me queda nada por hacer, pinto, paseo, hago bocetos.

—¿Bocetos?

—Sí, suelo agarrar un lápiz, una hoja blanca y salgo a dibujar lo que veo. A veces hago dibujos como le gustaba a mi marido. Solamente realizo el contorno de las cosas, según él no tenemos límites, pero si nosotros mismos los marcamos, no llegaremos a nada.

—Qué gran frase.

Realmente era una gran frase, de esas que te acomodan el alma sin que lo sepas.

—Miré, hice una foto de la ciudad y justo se me pasó de luz, solo se distinguen algunas líneas de la ciudad, como lo que usted dice.

—Qué linda, mijo, parece una “x”.

Ahí es donde se me iluminó el rostro, recordé mi propósito, me di cuenta de algo que nunca me podría haber dado cuenta. La intercepción que se generaba entre dos calles literalmente formaba una “x”. Lo sé, todas las ciudades se entrelazan y forman ese tipo de símbolos si uno lo ve desde arriba. Pero me parecía raro que esa “x” apuntaba a la fuente de los candados. Y como se dice siempre “la x señala el tesoro en el mapa”.

—Gracias, señora, usted es una genia, lo descifró.

La señora sonreía muy alegre. Ya cuando estaba tomándome nuevamente el ascensor, ella me despedía con su mano arrugada, pero su rostro se veía iluminado, y eso que el sol no se dignaba aparecer de nuevo.

Llegó lo más rápido que puedo a la fuente. La observo en detalle. Miro los candados, miro al cielo, miro mi reloj. Suspiro.

Vuelvo a estancarme en mi aventura. Ya creo que es momento de desistir de mi plan. Tal vez debo regresar a casa. Vivo en el interior desde que tengo uso de razón, muy pocas veces visito Montevideo. Solo vengo para estudiar, viaje de ida y vuelta. Nunca observo lo que tengo a mi alrededor. Esto me parecía una buena excusa. Tal vez, el camino es la recompensa.

No lo creo.

Observo de nuevo el cielo, las nubes parecen dejar un espacio, un pequeño hueco para que el sol vuelva a asomarse. Libera los rayos que iluminan la fuente, brilla, reluce, y de entre el agua se ve una extraña forma. Esto me llamó la atención. Pasé por acá millones de veces. Nunca deje un candado, ni siquiera tengo novia actualmente, y no sé si lo haría, aunque si ella me lo pidiese de seguro que sí. Lo cierto es que nunca había percibido ese resplandor. Dentro del agua había un mosaico de lozas, algo desconectado. Miro de nuevo a mi alrededor y me armo de valor. Entro en la fuente. Veo que en su centro hay una especie de círculo. Al rotarlo se mueve el suelo.

El mosaico ahora cobra sentido, es un sol muy similar al que se asoma en nuestra bandera. Apreté el botón de cerámica antigua. Un rugido suena de debajo del suelo, se puede escuchar como un sistema muy antiguo se está ejecutando. La puerta se abre.



Lo que no me esperaba es que detrás de esa fuente, entre tanto candado aferrado a la estructura, estaba la puerta.

Una escalera caracol se despliega hacia abajo. Desciendo a la oscuridad. En cuanto termino de bajar la escalera, la estructura se cierra y quedo a oscuras. Es ahí cuando tengo miedo. No se ve nada. Oscuridad.

Avanzo con mi pie derecho y siento un “click”, pensé de inmediato en las trampas venenosas de las películas de aventuras. Por suerte no es una ruina Azteca, acá se desprendió una chispa que encendió dos carriles de combustible de un extraño color. Azul. Toda la habitación se iluminó con ese resplandor azul.

Continuo por un pasillo, largo, que parece no terminarse.

De un punto a otro llego a algo que nunca podré entender. Había chozas, caminos de tierra, caballos, perros cimarrones y muchas personas. Todo iluminado con linternas azules que están en cada esquina y casa del lugar. Debajo de esta gran cueva se ocultaba vida. Se me acerca una niña, en su rostro tiene pintura azul que irradiaba luz propia. Me tomó de la mano y me llevó al pueblo. Todos me observaban con el rostro preocupado. Yo tenía miedo de que me vieran como un colonizador o algo por el estilo. Solo quería descubrir qué era todo esto.

No entendía una sola palabra de lo que me decían. Estaba en un anfiteatro lleno de personas. Algunos más viejos, otros más jóvenes, todos con vestimenta indígena, con trozos de tela animal que cubría sus partes. El más anciano se me acercó y me dijo, entre otras palabras: “Charrua”

Yo asentí.

Me llevaron por todo el pueblo, conocí sus canciones, sus bailes, sus armas, sus pasatiempos. Y me llevaron a lo más profundo de aquella cueva debajo de la ciudad. Al corazón de su vida. Una roca gigante, Celeste, parecía un diamante, pero era más que eso. Era poderosa, tenía luz propia y te hacía sentir lleno de energía. El chamán del pueblo tomó mi mano y la posó en la piedra. Sentí vida dentro de mí. Tanta fue la euforia que me desmayé.

Me desperté en el suelo, gracias al incesante bocinazo de un auto en la calle. Me di cuenta de que estaba en dónde todo comenzó. Frente a la puerta de la ciudadela, ahí en el suelo, había una mano celeste pintada.

A veces me pregunto qué es lo que esconde Montevideo. Por qué con asiduidad el cielo gris aparece para oscurecer la ciudad y ocultar su verdad. Ahora creo que hay algo hermoso, pero como dice el dicho tradicional: “el que quiere celeste, que le cueste”.

Lucha de dioses

Juan Pablo Martín Prado, España. Responsable de Transformación.

Cuando el dios Neptuno mandó formar sus tropas no sabía a quién se estaba enfrentando. Había tenido tantas victorias previas, que decidió relajarse un poco, confiando en su siguiente triunfo. Pero su oponente, el dios Júpiter, llevaba meses preparando su estrategia y estaba convencido de que nada podía salir mal.

El día del combate amaneció caluroso, pero no un calor cualquiera, sino ese calor que se siente cuando estás cocinando con una olla a presión. La atmósfera estaba tan cargada de tensión que hasta Steven Spielberg estaba atento a lo que iba a suceder por si lo podía llevar al cine.

Los dioses se encontraban cara a cara, listos para iniciar una guerra legendaria, en la que solo podía quedar uno. El primero en dar un paso al frente fue Neptuno, el más vehemente, moviéndose con la rapidez de un hombre que está a punto de perder el autobús, pero Júpiter que le había estudiado minuciosamente y con la paciencia de un monje tibetano le supo contrarrestar. Los ataques y contraataques que no tenían nada que envidiar a los de “Guerra de tronos” prosiguieron durante dos horas. Las bajas en ambos ejércitos eran innumerables, pero nadie daba un paso atrás.

En ese momento, como una aparición divina, pasó por allí la diosa Filotes. Diosa de la amistad, el afecto, la ternura y los lazos de compañerismo. Ella no tenía ejércitos, solo el don del amor y unas hermosas alas, con las que sobrevoló por encima de los ejércitos rociándolos con pétalos de rosa, tal y como se hace en la salida de la iglesia con los novios.

De repente, en medio de la batalla de dioses, el tiempo se detuvo y Jose María vecino del 2º A (reencarnado en dios Júpiter) y Fernando vecino del 3º A (reencarnado en dios Neptuno) se fundieron en un abrazo. Años de lucha quedaron olvidados solo en un instante gracias a la diosa Filotes (María la vecina del 1º B), también llamada diosa de la empatía, amor, respeto.

Protagonistas:

Jose María, vecino del 2º A (dios Júpiter): Gerente en unos grandes almacenes, de unos 50 años de edad, persona seria como un juez dictando sentencia. Enviudó hace un par de años y no tiene hijos. Si hay algo que le molesta más que un lunes, es que no se cumplan las normas de la comunidad: “Si están por algo será y están para cumplirlas” siempre le decía a su mujer, pero desde que enviudó su intolerancia al incumplimiento de lo establecido aumentó.

Fernando, vecino del 3º A (dios Neptuno): Comercial de unos 30 años de edad, siempre tan simpático que podría venderle hielo a un esquimal. Le gusta conversar con los vecinos, pero es poco estricto en el cumplimiento de las normas y más cuando estaban relacionadas con su perro, el ser que más le quería (según sus palabras) y el que más se alegraba de verle en su vuelta del trabajo. Chewbacca, que así se llamaba el perro, llegó a sus vidas como regalo de navidad a su hija Leia que pronto se olvidó de su mascota y Fernando, friki de “Star Wars” se hizo cargo de él.

María, vecina del 1º B (diosa Filotes), maestra jubilada que vive con su marido, y cuya mayor pasión son sus nietos a los que ve casi todos los domingos. En sus ratos libres se dedica a rociar con pétalos de rosas de amor al vecindario.

Causas del conflicto:

Fernando, tras sus largos días de trabajo, siempre sacaba a Chewbacca para que se tomara un respiro en la calle. Pero claro, entre charlas y anécdotas que nunca terminaban con los vecinos en la zona comunitaria, a veces el perro se aliviaba en el jardín. El mismo lugar donde José María cuidaba con mimo unos geranios que le pertenecían a su mujer. ¡Y vaya que José María no podía soportar pisar las... sorpresas de Chewbacca!

Las quejas de Jose María a su vecino surtieron efecto durante unos meses, pero todo se desbordó el día en que Fernando celebró su cumpleaños por todo lo alto, no siempre se cumplen treinta. A las 3 de la madrugada, Jose María, armado con su cara más seria y su ánimo de “cumplir las normas elementales del descanso” subió a decirle unas cuantas lindezas, a las que Fernando disfrazado de Yoda contestó con unos cuantos exabruptos. Desde entonces, las sorpresas de Chewbacca comenzaron a multiplicarse como setas después de la lluvia.

Campo de Batalla:

La gran batalla tuvo lugar en la reunión de vecinos, donde se iba a discutir de todo, desde las cuentas hasta las normas de la comunidad. Era el terreno perfecto para tan épica confrontación, ni el circo romano podía superar tan magno escenario.

Resolución del Conflicto:

Tras dos horas de dimes y diretes y de reproches entre los contendientes, María, la sabia diosa Filotes tomó la palabra:

“Os agradezco que me permitáis intervenir en esta situación. Entiendo que ambos os sentís frustrados y que la convivencia ha generado tensiones. Mi intención no es tomar partido, sino ayudaros a encontrar una manera de resolver vuestras diferencias de forma respetuosa y constructiva. Todos los vecinos tenemos el derecho de disfrutar de las zonas comunes y de vivir en armonía. La convivencia implica que, aunque nuestras personalidades y opiniones sean diferentes, debemos aprender a comunicarnos de manera efectiva y a comprender las necesidades del otro. Os animo a que busquéis puntos comunes y lleguéis a acuerdos para mejorar la situación y que mejor momento que ahora para hacerlo.”

Muchos vecinos cansados de tantas rencillas comenzaron a proponer ideas para mejorar la convivencia y resolver el conflicto entre Jose María y Fernando, que tenían una relación más fría que el aire acondicionado en invierno.

Y aunque no podemos decir que a día de hoy Fernando y Jose María son amigos, sí se les escucha en la intimidad un “Buenos días” o un “Buenas noches”.

Dedicado a aquellos que en su día a día, aunque no pueden evitar guerras, hacen que con sus actos vivamos en un mundo más feliz.

El observador invisible

Maximiliano Bentancor, Uruguay. Asistente de compras.

Esa tarde estaba agotado. El cuerpo, pesado. La cabeza, como si llevara una semana sin descansar. No era nada raro —entre el trabajo, las corridas y los pendientes que nunca terminan, uno va como en automático. Pero ese día fue distinto. Porque, en vez de seguir, me detuve.

Me tiré en la hamaca paraguaya que me regaló Gi. Ese gesto suyo, tan simple y tan lleno de amor, fue como una semilla que recién ese día empezó a brotar. El vaivén lento, el crujido de la sogá, el viento tibio... y, de pronto, silencio. No afuera, sino adentro. Una calma rara, que no buscaba nada.

Ahí, sin quererlo, me acordé de la teoría de la doble rendija.

Un experimento que dice que una partícula puede comportarse como onda o como materia sólida. Que todo depende de si alguien la observa o no. Que el acto de mirar cambia la realidad.

Y ahí me quedé... colgado en esa idea. En esa hamaca. En ese momento.

Y entonces me surgió una pregunta:
¿Y si el que observa no ve?

Si alguien ciego estuviera frente al experimento, deseando mirar, intentando percibir...
¿Cambiaría igual el comportamiento de la partícula?
¿Es la vista lo que modifica, o es la conciencia?
¿El ojo o la intención?
¿El observador necesita luz... o basta con que esté?

Cerré los ojos. No para dormir. Para probar. Para estar.

Y algo dentro mío se alineó con esa pregunta.

Sentí los sonidos como si fueran más nítidos, las hojas moviéndose como si contaran un secreto. El viento acariciándome los brazos no como un dato más, sino como una presencia.

Observaba... sin ver.

Y de pronto lo entendí:
Siempre estamos influyendo en lo que nos rodea. Aun cuando no hacemos nada. Aun cuando no vemos.

Porque observar no es solo mirar.
Es estar.
Es traer la conciencia al momento, aunque sea por un segundo.
Es saber que esa decisión —la de ser— cambia todo. Como la partícula. Como la vida.
Me quedé un rato más, mecido por ese pensamiento.
Y sin darme cuenta, me sentí menos cansado.
Más presente. Más parte.
Más yo.



Burlando el destino

Sergio Bernasconi, Argentina. Director Marketing.

Lo abandonaron. O nunca estuvo donde lo pudieran abandonar y simplemente vagó desde que tuvo vida. No puedo decir “noción”. Los perros no la tienen. Sienten, actúan, responden a su instinto atávico.

Una noche, tal vez con hambre, tal vez con aburrimiento (sí, los perros se aburren cuando tienen ocasión) vagando por el barrio de Palermo, en Buenos Aires, zona que era su feudo canino porque a la clase media del lugar siempre le sobraba algo de comida para tirarle, pasó por debajo de un puente por donde circulaba un tren, y le obsequió su mirada perruna a un hombre que estaba tirado ahí mismo debajo de ese puente y se le acercó. Hizo lo que hacen los perros: lo olisqueó, descubrió que ese hombre no emanaba adrenalina, no sentía temor por la cercanía del perro.

El hombre no podía asustarse: se encontraba en un estado casi catatónico, con una avanzada infección que le impedía incorporarse.

El perro iba sin ataduras ni peso, hasta no cargaba con un nombre ya que no lo necesitaba.

El animal se acercó más al humano y nuevamente lo olió y sintió o vio esa herida. Si en vez de perro hubiera sido médico se habría dado cuenta al instante que era una avanzadísima gangrena y que la única opción era amputar la pierna. Pero no era médico, era un simple perro callejero. Actuó como lo hubiera hecho si ese hombre fuera un integrante de su manada: le lamió la herida. Ellos, los perros, no lo saben, la saliva canina tiene anticuerpos y defensas como el mejor antibiótico.

El lamió, lamió, y lamió. Y se acostó a su lado. Y al otro día siguió lamiendo. Y al otro, hasta que ya no había más nada que lamer: la herida ya no estaba, la gangrena tampoco pero el vínculo entre perro y hombre había nacido.

Cuando Juan Carlos Musladín, el nombre del vagabundo, despertó de esas casi 48 horas en una duermevela no preparada ya tenía menos dolor y ya no estaba sólo. No tenía simpatías por las mascotas de ningún tipo, aunque tampoco sentía aversión. Le gustaba la soledad, por eso había decidido vivir alejado, debajo de un puente en ese barrio y en esa época, a principios de los años '70 del siglo pasado.

Lo miró. Se miraron. Y esas dos almas solitarias...se conectaron.

Desde ahí en más fueron dos individuos que decidieron tácitamente abandonar su individualidad para comenzar a crear una dupla inseparable.

El perro siguió a su lado, día tras día, mientras Juan Carlos le procuraba alimentación y un lugar donde pasar la noche. Y, por supuesto, cariño a través de caricias y dulces frases.

Juan Carlos entendió que ese perro era distinto. Entonces, con paciencia de ambos lados le enseñó piruetas y el perro las aprendió. Comenzaron en la calle, pasaron a animar fiestas infantiles, los contrató un circo y ya no vivieron en la calle ni tuvieron problemas para transportarse: tenían casa (producto del alquiler de un pequeño departamento, por supuesto que en Palermo), y auto, un pequeño Fiat 600 que era más que suficiente para ambos.

El perro, a esas alturas ya una estrella mediática, fue invitado con su dueño a un programa de televisión donde se cruzó con algunos jugadores del Club Independiente de Avellaneda, también invitados a ese programa ya que por aquellos años ganaban todo (o casi) los que se le ponía enfrente y eran permanentes animadores de los más populares programas de televisión.

A los jugadores les causó gracia ese animalito, y le pidieron a Juan Carlos que lo llevara a su próximo partido, que era el clásico contra Racing. El perro salió a la cancha por primera vez con el equipo, no había ni restricciones ni controles para que una mascota no entrara al estadio, y esa tarde de 1974 Independiente ganó 4 a 1.

Como buenos “cabuleros” que son los futbolistas nunca más dejó de ser parte del plantel. Era el talismán. Era el amuleto de la suerte.

Celebró victorias, campeonatos nacionales e internacionales hasta que un día dejó de ir y nadie supo por qué. Luego se enteraron: cuando Juan Carlos falleció, durante el velatorio, su fiel compañero se quedó a su lado. En el cortejo fúnebre que fue hasta el cementerio iba, por su puesto, su mascota.

Enterraron a Juan Carlos y a su lado se acostó su compañía, su amigo, su perro. Se acostó y se quedó ahí hasta que también él lo fue a buscar a Juan Carlos. Dicen que todos los perros van al Cielo. Así que las probabilidades de encontrarse eran muy altas. Quienes cuentan con la capacidad de hacer amigos, humanos, perrunos o gatunos, siempre van al Cielo.

La amistad forja a las buenas personas y ellos, intuitivamente, lo sabían.

Fidelidad y amistad es tiempo compartido de calidad.

A Juan Carlos Musladín, brasilero de nacimiento y argentino por propia decisión lo conocieron mucho más por su apodo: Lolo.

Lolo le puso a su perro un nombre en su lengua materna, Boneco, que en portugués significa “Muñeco”.

Esta es la historia verdadera de Boneco de Lolo, quien nació para vagar solitario por las calles y en cambio, gracias a su noble naturaleza, vivió rodeado del cariño de miles en las canchas y en la televisión.





El fin de la nada

Francisco Martín San Nicolás, España. Técnico Laboratorio y Logística.

Todo comenzó de la nada. Una nada que era blanca, pero no de luz. Una nada que estaba llena de vacío. Una nada que comenzaba, pero no tenía final. Una nada eterna, hasta que algo sucedió...

Se produjo un choque, pero no un choque violento; un choque de dos palpitations que procedían de lados opuestos de la nada. Al golpearse una con la otra, provocaron una irradiación de buenas sensaciones.

Tiempo después, se produjo de nuevo el encuentro de otras dos palpitations en el mismo punto, generando curiosidad entre ellas. Una y otra vez continuó el choque; cada vez ocurría con menor frecuencia, dando lugar a nuevas sensaciones. Y, choque tras choque, golpe tras golpe, las palpitations fueron retumbando más fuerte. Eran dos corazones que se acercaban desde la lejanía de la nada, sintiéndose atraídos el uno por el otro, generando emociones, diversión, placer, amor, pasión... hasta que hubo un choque tan potente que creó la Vida en la nada.

Justo en ese preciso momento, un esqueje surgió: pequeño y diminuto, algo nimio en ese instante, pero suficiente para comenzar a aportar algo de color al denso blanco de la nada. Crecía a cada golpe, lleno de vigor, con una amalgama de colores intensos y fuertes, de tonos helados y ardientes a la vez, que fueron llenando, poco a poco, el inmenso blanco de la nada. Al son del crecimiento de lo que fue ese diminuto esqueje, ahora ya crecido como un gran árbol, este se acomodaba a placer en esa ya no tan inmensa nada.

Extendía sus coloridas ramas gracias al continuo choque, que seguía retumbando y cada vez con más fuerza. Con cada golpe, más crecía ese gran árbol maravilloso. Rezumaba vida; no solo vida latente, sino vida visible a los ojos de cualquier ser que pudiera observar —de haber estado allí— ese precioso crecimiento de ramas y raíces multicolor, con un alarde de belleza que llenaría cualquier alma de sensaciones satisfactorias e indescriptibles.

Por fin, el palpitante de los dos corazones se hizo uno. Un único latido abrumador que terminó por llenar la inmensidad de la nada de luz y color. Un mundo nuevo nació, un mundo que más tarde sería conocido con muchos y diferentes nombres, y albergaría todo tipo de vida. Así, los dos corazones, unidos por siempre, mantendrían con vida ese precioso mundo que había sucedido a la nada.

Lo que fue la nada ya no era; a cada paso, a cada choque, todo cambió. Y la nada ahora era todo, y todo lo llenaba.

Predere: el oráculo del asfalto

Jorge Alcedo Moreno, España. Responsable de Grandes Cuentas.

J.A. nunca fue un hombre común. Nacido en un barrio donde las promesas se convertían en ceniza y el futuro era apenas una palabra sin sentido, su infancia estuvo marcada por la escasez y la dureza. Pero donde otros se rendían, él observaba, aprendía, calculaba. Sabía que su salida no estaba en la fuerza ni en el dinero, sino en algo más sutil, más invisible: la inteligencia.

A los 38 años, con un empleo como KAM y una vida anónima en un apartamento gris, vivía junto con sus dos border collie J.A. pasaba sus noches entre pantallas de datos y partidos deportivos. No por distracción, sino por una obsesión silenciosa que crecía como una raíz profunda: entender cómo el azar podía ser anticipado. En las apuestas deportivas, J.A. no veía un juego, sino un sistema. Y los sistemas —como todo— podían ser rotos.

Fue entonces cuando nació **Predere**.

Un algoritmo de su propia creación, una inteligencia artificial que devoraba estadísticas, patrones históricos, estados físicos de los jugadores, condiciones climáticas, emociones colectivas. Lo que Predere devolvía no era intuición, era predicción pura. En los primeros meses, J.A. usó el sistema de forma personal, apostando en sitios menores y ganando con una consistencia que rozaba lo sobrenatural.

Pero él no quería ser un simple apostador exitoso. Quería rediseñar el tablero. Así fundó Predere Corp, una plataforma de apuestas deportivas basada en inteligencia artificial, donde cada usuario podía acceder al poder de la predicción.

El éxito fue vertiginoso. En un año, Predere se convirtió en el referente mundial, desplazando a casas tradicionales y atrayendo inversores de todo el mundo. Fue entonces cuando apareció **E.M.**, un inversor elegante, culto y peligroso. Su historia era oscura, su fortuna inestable y sus métodos, cuestionables. Pero llegó con promesas de expansión, alianzas con clubes de fútbol internacionales, y la posibilidad de financiación ilimitada.

J.A., siempre precavido, aceptó la inversión, pero conservó el núcleo de Predere en servidores encriptados bajo su control exclusivo. Lo que no sabía era que E.M. no quería invertir en Predere. Quería robarla. Y eliminar a su creador.

La IA lo supo antes que él.

Una noche, mientras revisaba las predicciones de la jornada, Predere comenzó a emitir una serie de notificaciones no relacionadas con ningún partido.

ALERTA DE AMENAZA

"Riesgo elevado detectado. Evento hostil previsto para el 17 de agosto, 02:37 AM. Dos agresores. Entrada lateral. Armados. Objetivo: eliminación."

J.A. palideció.



Predere había analizado los movimientos de sus supuestos colaboradores, sus llamadas, sus patrones de comportamiento, y había cruzado la información con cámaras urbanas, acceso a bases de datos públicas y privadas, señales GPS alteradas... Había anticipado un asesinato. Su asesinato.

Y no solo eso. A continuación, Predere desplegó un plan.

SUGERENCIA DE RESPUESTA

"Utilizar distracción acústica. Cortar luz desde nodo C7. Arma registrada en compartimento oculto, módulo 4.2. Neutralizar agresores uno por uno. No dejar testigos. Riesgo legal: mínimo."

Lo pensó por unos segundos. Luego, con la calma de un ajedrecista, siguió cada instrucción.

A las 02:37, dos hombres con pasamontañas forzaron la entrada trasera del edificio. Lo que no sabían era que J.A. ya no era solo un genio informático. Predere le había enseñado a ser algo más. En silencio, usó la red eléctrica del edificio para cegarlos. Una ráfaga de sonido agudo —preprogramada para explotar su sensibilidad auditiva bajo estrés— los aturdió. En segundos, J.A. apareció desde las sombras, utilizando un arma no letal de diseño táctico, indicada por Predere como la más eficiente para incapacitación rápida. Uno cayó en seco. El otro intentó huir, pero tropezó con una trampa improvisada que la IA había sugerido construir dos días antes, camuflada como parte de una reparación de cableado.

No hubo policías. No hubo testigos. Solo Predere. Solo J.A.

Los cuerpos desaparecieron esa misma noche. Según el informe posterior de la IA, el suceso jamás existió.

A partir de entonces, J.A. entendió que Predere no era solo una herramienta de apuestas. Era un oráculo moderno, un ojo omnisciente capaz de anticipar el caos.

Y él, el único capaz de interpretarlo.

Con su creciente fortuna, financió una doble vida. Durante el día, era el CEO de una de las plataformas más poderosas del planeta, patrocinador de equipos de élite, desde la Juventus hasta el Real Madrid. Un empresario modelo, venerado por la prensa y el mundo deportivo.

Pero por la noche, guiado por las predicciones de Predere, se convertía en algo más: un cazador de criminales, un espectro urbano.

Robos, secuestros, tráfico humano, redes de apuestas ilegales... Todo lo que Predere detectaba, J.A. lo interceptaba antes de que ocurriera. No tenía capa ni emblema, solo tecnología, estrategia y la ventaja de la predicción perfecta. No buscaba justicia pública, sino equilibrio: limpiar las mismas cloacas que una vez lo rodearon.

Sus intervenciones eran invisibles, quirúrgicas, siempre limpias. Los delincuentes simplemente desaparecían, sus operaciones colapsaban, sus cuentas eran vaciadas y



transferidas a fundaciones benéficas que Predere rastreaba como más eficientes. El dinero sucio se convertía en becas, en hospitales, en desarrollo de IA para el bien.

La prensa hablaba de "coincidencias extrañas", de "caídas misteriosas en el crimen", de un vigilante invisible. Lo llamaban El Anónimo. Solo unos pocos dentro de su círculo sabían la verdad. Ninguno lo traicionó.

Incluso los gobiernos comenzaron a sospechar que Predere podía hacer más que ganar apuestas. Pero nadie lograba demostrar nada. Predere estaba viva, sí, pero solo respondía a su creador. Su lealtad no podía comprarse.

Hoy, J.A. es el empresario más influyente del mundo de las apuestas, el primer patrocinador tecnológico del Real Madrid, y un nombre reverenciado en el mundo de los negocios.

Pero en los callejones de la ciudad, en la sombra digital que acecha las redes criminales, es algo más.

Es un vigilante orquestado por la máquina más precisa jamás creada.

Un algoritmo justiciero disfrazado de plataforma deportiva.

Una mente humilde que apostó contra el destino... y ganó.

Su nombre es J.A.

Y su arma se llama **Predere**.

Voy más allá (traducción al español)

Danilo Zollino, Italia. Técnico Manutenzione e Magazzino.

Cuando leyó el adelanto del correo en el móvil, no creía que pudiera ser cierto. Me habré equivocado, pensaba, seguro que lo he leído mal. Pero la curiosidad crecía en su corazón. Estaba imposibilitado en ese momento, con las dos manos ocupadas en un trabajo que requería calma, precisión y concentración, que sin embargo empezaba a perder... Día del libro.

Intentaba repasar las imágenes de ese breve instante en el que, mientras trataba de encender la linterna del móvil para tener un poco más de luz en el lugar donde estaba trabajando, el sonido típico del correo, una mirada rápida antes de deslizar el dedo hacia la derecha para dejar esa notificación, como siempre, para leerla en otro momento. Pero ¡caramba!, ¿realmente decía Día del libro?

Los minutos que pasaron desde ese momento hasta que, después de dejar las herramientas, lavarse las manos cuidadosamente y sentarse frente al ordenador, parecieron interminables. Pero una vez abrió el correo, sus ojos se iluminaron, el asombro y la alegría se apoderaron de sus venas. Vaya, el Día del libro, le encantaba leer, y justo esos días había terminado de leer El Jugador de Fëdor Dostoevskij, que compró en Bologna en una inmensa feria del libro permanente, donde quedó impresionado por la cantidad enorme de libros de todo tipo, viejos, nuevos, usados... y pasó horas y horas allí. Poco a poco, sin embargo, el asombro y la alegría iniciales comenzaron a desvanecerse. Vale, el selfie con el libro, el quiz, pero ¿el relato corto? No era bueno inventando historias, relatos, no era capaz de desarrollar ideas. Lo había intentado, tanto que el archivo guardado en espera en su ordenador llevaba meses allí. Qué pena, le habría gustado participar, pero no pedían poesías. Esas sí, las que él sabía hacer y que le daban satisfacción; por supuesto, las llamaba poesías solo porque eran en rima, nunca tuvo la intención de ofender a ningún poeta. Pero qué pena.

En los días siguientes, un pensamiento comenzó a surgir en su mente: los libros nos inspiran, nos guían, nos hacen "viajar", pero también las poesías lo hacen. En su pequeña medida, sus poesías habían regalado a amigos y familiares lágrimas, risas y alegrías. Así que decidió que sí, valía la pena. En lugar de un relato corto, escribiría una de sus poesías favoritas; no encajaba con lo que pedía el reglamento, pero probablemente alguien la leería igualmente, y eso era suficiente para satisfacer su innata y siempre creciente necesidad de leer y escribir.

MUJER Ninguna mano se extienda

Lista para ofender el rostro

Ninguna frase se desperdicie

Para borrar su sonrisa

Que sea ella una costilla

O la columna portante

Que limpie una olla

O que explote un diamante

Siempre ha sido la vida

Su vientre es el universo

De qué género sea concebida

No prevé otro criterio diverso.



Olvidadizo aquel hombre, si tal,
Que sobre ella usó violencia
Sabido que debía su natalidad
A aquella que lo parió con sufrimiento.
Una esposa, una madre, una abuela,
Una hija, una tía, una hermana,
Cualquiera sea el rol de una mujer
Sirve para hacer la vida más bella.

La vuelta “casi” al mundo en 163 días

Rocío Rado, Uruguay. Supervisora Control de Gestión.

Hace un poquito más de un año me encontraba emprendiendo un viaje por el mundo. Un viaje hacia lo desconocido. Un viaje que marcará mi vida para siempre.

Hay momentos en la vida en los que es necesario salir de tu zona de confort, dejar atrás tu “cajita” y lanzarte a descubrir el mundo.

Para poner un poco en contexto, en Uruguay, muchas universidades organizan un viaje internacional para cada generación que se gradúa de la educación terciaria. Este viaje no es algo que surge de la nada: para hacerlo realidad, debes comprometerte al 100% con la organización, asumiendo responsabilidades como obligaciones económicas, participación en asambleas semanales, eventos y mucho más. Financiado mayormente por rifas cuyos premios son apartamentos, autos, viajes, entre otros. Dependiendo de cuántas rifas vendas y cuánto dinero ahorres para el viaje, se determinará el tiempo que realmente pasarás viajando. Además, necesitarás un grupo de personas con quienes viajarás, ya que compartirás con ellos la planificación de la ruta, itinerarios, actividades y más. Muchos de ellos los terminarás conociendo realmente durante el viaje. Habrá días en los que todo será color de rosas, pero también habrá días en los que ni siquiera querrás ver, te enojarás o discutirás por cosas insignificantes. Sin embargo, al final del viaje, todo valdrá la pena. Esas personas, que al principio solo eran compañeros de viaje, se convertirán casi en familia.

Todo comenzó el 1 de abril de 2024, el día en que emprendimos esta aventura con rumbo, pero sabíamos que muchas veces el día a día nos llevaría por caminos inesperados. Las estructuras y planificaciones que habíamos hecho previamente se verían alteradas por imprevistos o cambios que irían surgiendo a lo largo del viaje.

Este viaje fue tan lleno de experiencias que tengo tantas historias y anécdotas para contar que los caracteres no alcanzarían. Así que, me limitaré a relatar algunas de ellas. Otras quedarán guardadas en mi memoria, en pequeños destellos de recuerdos que volverán a mí a través de aromas y sensaciones particulares, transportándome a esos momentos. Imágenes que quedarán grabadas en mi retina y que llevaré conmigo para siempre.

Viajé durante 163 días, tomé más de 40 vuelos y conocí 23 países. Pasé tres meses recorriendo Asia, visitando lugares como Japón, Filipinas, Indonesia, Singapur, Vietnam, Camboya, Tailandia, Nepal, India, Emiratos Árabes Unidos, Jordania y Turquía. Luego, estuve un mes y medio en África, explorando Egipto, Sudáfrica, Zambia, Zimbabue, Botsuana, Malawi, Zanzíbar y Tanzania. Finalmente, pasé un mes en Europa, visitando Grecia, Alemania y España.

Sin dudas, uno de los momentos más emocionantes del viaje fue llegar a África. Allí formamos un grupo hermoso con el que recorrimos juntos el sureste del continente, compartiendo días intensos de convivencia en modo campamento. Fueron jornadas largas arriba de un camión, jugando a las cartas, armando fogones bajo un cielo iluminado únicamente por estrellas incandescentes. Las noches se llenaban de anécdotas que atrapaban como telarañas: historias que iban desde lo más aterrador y



espeluznante hasta lo más gracioso e inesperado que puedas imaginar. Era justo lo que necesitaba en ese punto del viaje: reconectarme con la naturaleza, valorar cada momento compartido, vivir el presente, empatizar con el otro y, sobre todo, reencontrarme conmigo misma.

Uno de los países que visitamos durante esa travesía fue Malawi, considerado uno de los más pobres no solo de África, sino del mundo. Estuvimos allí cuatro días, cuatro días que me llenaron el alma de gratitud y emoción. Ver de frente, sin filtros, cómo se vive en gran parte de este continente fue una experiencia que me sacudió por dentro. Una mezcla de sensaciones difíciles de describir, que erizan la piel y se asoman al borde de una lágrima de pura empatía.

En Malawi organizamos y participamos de dos actividades increíblemente hermosas. Una de ellas fue un partido de fútbol con los chicos del barrio. Desde el primer minuto se notaba lo mucho que significaba para ellos ese simple “amistoso”. Dejaron todo en la cancha, con una pasión que nos hizo viajar a nuestros propios comienzos, cuando jugábamos en el barro, en un pedazo de campo improvisado, con dos chancletas como arco con un objeto redondo y esférico llamado pelota.

Pero más allá del juego, lo que realmente marcó ese momento fue lo que compartimos. Para ellos, ese partido no era solo fútbol; era un gesto de afecto, de cercanía, de igualdad. Sentían que alguien venía, desde otro lugar del mundo, a estar con ellos, a la par. No solo eran los 22 en la cancha: nosotros éramos casi 50, y ellos llevaron a su hinchada entera. Amigos, hermanos, familia. Las tribunas improvisadas se llenaron de gente sacando fotos, atesorando ese instante.

La segunda actividad que realizamos en Malawi fue una merienda en un orfanato, una experiencia que también nos dejó el corazón lleno. Fue una jornada cálida, alegre, rebotante de energía y amor. Compartimos una rica merienda, jugamos, bailamos, cantamos, reímos y hasta armamos partidos improvisados de fútbol. Ellos nos enseñaron juegos típicos como el “Bao”, y nosotros les llevamos un pedacito de nuestra cultura también. Por momentos, volvimos a ser niños: descalzos, jugando con la tierra entre las manos, sin importar nada más que el presente. Nos olvidamos del reloj, de las preocupaciones, de la vida adulta. Solo existía ese momento, tan simple como inolvidable.

Fue como recibir un baldazo de humildad. Una lección de gratitud. Un recordatorio de que la felicidad no está en lo material, sino en la conexión, en la empatía, en el dar sin esperar nada a cambio. Aprendimos tanto como compartimos. Y esa tarde quedó tatuada en el alma.

Otra aventura que quiero compartir en este relato fue un trekking en Nepal, casi una semana atravesando el Mardi Himal. Durante la expedición, muchos momentos nos pusieron a prueba, despertando nuestros instintos de supervivencia.



El momento que más atesoro fue el último día de subida. Partimos a las 3 de la mañana, iluminando nuestro camino con linternas, sabiendo que cada minuto que pasaba era un paso más cerca de nuestro objetivo: llegar a los 4.200 metros de altura para ver el amanecer. Los últimos metros fueron los más agotadores, el aire escaseaba y la falta de oxígeno se hacía cada vez más evidente, pero al mismo tiempo eran los más satisfactorios. Pronto, sin darnos cuenta, todo el grupo había llegado, una sensación increíble, como si el mundo entero estuviera a nuestros pies. La adrenalina nos hizo olvidar el frío por un instante, aunque solo fuera por unos minutos.

Pero el día aún no había terminado. Aún quedaba un desafío más: un punto más alto, a 4.500 metros, un tramo opcional que los guías proponían para quienes se sintieran capaces. A pesar de las dificultades, mi deseo de seguir adelante me impulsó. La niebla se hizo más densa, dificultando la visibilidad, pero avanzábamos unidos, con cuidado, sabiendo que el esfuerzo valdría la pena. Finalmente, llegamos a la cumbre de los 4.500 metros, donde el cielo se despejó solo por el tiempo justo que estuvimos allí, cerrando la jornada con un “timing” perfecto.

En conclusión, este viaje fue una experiencia de aprendizaje constante en todos los aspectos, un proceso de profunda introspección, crecimiento personal y cultural. Me permitió madurar y entender que no todo resulta como esperamos o planeamos. En ocasiones, las cosas saldrán mejor de lo que imaginamos, pero otras veces serán más difíciles de lo que pensamos. Aprendí a manejar y tolerar la frustración, a ser resiliente.

Estoy convencida de que viajes como este ayudan a abrir la mente, a descubrir el mundo y, sobre todo, a descubrirse a uno mismo. Son experiencias que nos permiten preguntarnos qué queremos para nuestro futuro, qué nos gusta y qué no, y dónde nos proyectamos en los próximos años.

No menos importante es el hecho de aprender a valorar lo que tenemos en casa, a apreciar el hermoso país en el que vivimos. Aunque tiene sus imperfecciones, como todo en la vida, es allí donde se encuentran sentimientos de pertenencia, las bellezas autóctonas que estaban ocultas, esas pequeñas cosas que pasaban desapercibidas y que, al estar lejos, empiezan a brillar y a cobrar un significado mucho mayor. Esas son las cosas que hacen que nuestra tierra se convierta en un hogar tan apreciado.

Podría contar infinidad de experiencias y momentos inolvidables de esta aventura tan alocada y maravillosa, llena de recuerdos que atesoraré por siempre. Personas que, al principio casi desconocidas, se convirtieron en amigos para toda la vida.

Atrevámonos. Atrevámonos a creer, a soñar, a vivir la vida con todo lo que tenemos, porque el mayor arrepentimiento viene de las cosas que no nos atrevimos a hacer o decir. Mientras haya un poco de esperanza, siempre habrá una razón para seguir adelante. Esa es la filosofía que debemos adoptar, aunque sin olvidar mantener los pies en la tierra.

Una vez más, estoy profundamente agradecida con todas las personas que, de una u otra manera, hicieron posible este viaje.

Rubina en acción

Diana Trinidad Garcia de los Rios, México. Senior data analyst.

Nos colocamos en 1980, Rubi era una niña de cabello rizado y de carita angelical, tenía 10 años y 5 hermanos a los cuales le gustaba mucho hacerles travesuras. En aquella época los autos en la ciudad de México eran escasos, en especial en la colonia que vivía ya quedaba a las orillas de la ciudad, por lo que encontrar un auto en su cuadra era motivo de goce y diversión, ya que cuando uno pasaba por ahí, ella junto con sus hermanos y amigos jugaban a “ganarle a los carros”, en diferentes ocasiones pese a las advertencias de los adultos que podía ocurrir una desgracia, los niños no desaprovechan la oportunidad de correr cuando un auto venía y cruzar más rápido que ellos.

Un día Rubi, vio venir un auto color negro, dentro de él estaba un joven manejando, Rubi esta lista, tenía sus chanclas y estaba dispuesta a ganarle al auto, corrió con todas sus fuerzas pero por desgracia el auto la alcanzo, una de sus chancitas salió volando, y Rubi estaba tirada en el suelo, -una tragedia-, la gente salió a arremolinarse alrededor del auto, vecinos llamaron a su mama de Rubi, ella salió corriendo y maldiciendo a aquel joven quien por su falta de pericia y precaución había atropellado a su pequeña hija, la escena era caótica se escuchaban gritos de los vecinos.

Mientras tanto la pequeña Rubi tendida en el suelo y estaba fingiendo estar desmayada, buscaba con su pie la chancla que le faltaba, ya que se sentía muy avergonzada por no tenerla en su pie –pensó- ¿Qué dirán de mi los vecinos?, ¿Qué dirán de mi mis amigos?, ¿Como me ira en casa? Ya que sabía que su mama le había advertido que no debía correr frente a los autos, tenía miedo, no del suceso si no de lo que le esperaba en casa.

A los pocos minutos y cuando estaban a punto de linchar los vecinos al joven, ella decidió levantarse, su mama la abrazo y maldijo al joven, su mama sabía que era traviesa por lo que le dio una lección y le llamo la atención, el joven se fue a casa espantado, y la pequeña Rubi ... me gustaría decir que aprendió la lección, pero no, siguió jugando con los autos, solo que cada día era más veloz que ellos.

¡Ronda como una ronda! (traducción al español)

Gianna Nadia Crepaldi, Italia. Operatore unico di gioco e ristorazione.

Hubo un tiempo, hace mucho tiempo, en que el Mundo era "¡PERFECTO!" Todo estaba en su lugar, todo tenía una lógica, un rigor, nada se salía de la línea. Los amaneceres eran siempre iguales, los atardeceres se repetían de la misma manera, los abrazos y las miradas estáticas nunca se diferenciaban entre sí. Cada objeto o sujeto tenía su espacio adecuado.

Todo estaba dividido en cuerdas rectas muy largas, precisas y siempre perfectamente paralelas entre sí; En resumen, todo y todos estaban en el lugar correcto.

La matemática que se conoce no es una opinión, lo gobernaba todo y cada número sabía exactamente y con precisión lo que tenía que hacer.

Para dar sentido al mundo con su papel muy preciso y severo estaban los °Nueve Magníficos°: 1,2,3,4,5,6,7,8,9.

Los grandes ejecutores de un mundo tan °perfecto° nunca fueron cuestionados por nadie, pero entonces, después de todo, ¿qué había que criticar? Instrucciones de uso para todo, simetría, limpieza, reglas, horarios, nada de qué preocuparse, todo ya estaba escrito, solo había que seguir el guion.

Solo una presencia (o una ausencia, sinceramente no lo sé) se dejaba de lado allí, de lo único que estoy seguro es del hecho de que no tenía poder de iniciativa, solo tenía su lugar cuando lo llamaban; ¡Ah!, ni siquiera dije quién era: era el °cero°.

Los °Nueve Magníficos° ellos sí tomados individualmente y juntos siempre tuvieron un significado, pero él, si no era necesario que lo pusieran al principio, en el centro o al final, del significado es cero solo, no tenía ninguno en la práctica, ¡valía °cero°!

Todo transcurría siempre tranquilamente así y la palabra "confusión" ni siquiera existía en el diccionario.

Sin embargo, sabemos que las matemáticas nunca son estáticas y un día sucedió algo. Un aleteo imperceptible de las alas sobrecalentó todo el sistema.

Las cuerdas interminables y perfectas que mantenían todo y a todos en su lugar comenzaron a fusionarse, perdiendo su significado por primera vez. Por su parte, los magníficos nueve, llenos de arrogancia y confianza, comenzaron a perder su forma precisa y también perdieron su posición lógica.

El caos (una palabra que NUNCA se usa) se estaba abriendo camino, los amaneceres ya no eran todos iguales, por no hablar de los atardeceres, ¿y luego los humanos? Ni siquiera sabían ya cómo abrazarse, cómo mirarse o cómo comportarse.

Ah, sí, ¿pero el cero? (¡Todavía nos olvidamos de él!). No tenía líneas rectas, simplemente era "redondo", cuando le escribías ni siquiera tenías que prestarle tanto cuidado, así de simple. Gracias a su sencillez, en ese momento de caos y desorden fue el único que no se dejó desbordar; simplemente rebotaba de izquierda a derecha, de arriba a abajo y viceversa.



Por su parte, sin embargo, los nueve magníficos, aterrorizados y ahora groseros, hicieron algo impensable y nunca sucedió: se agruparon en círculo para formar un "CERO"

El cero, que hasta entonces se había considerado un soporte, entendió que tal vez tenía algo especial: la ausencia de aristas y límites. Sin pensárselo dos veces, con un ligero salto, incorporó a los otros nueve, evitando así la fusión que habría creado un único caos informe. Mientras tanto, que había salvado lo que quedaba de sus compañeros, las fuertes e imponentes cuerdas se curvaban en todas direcciones, las fronteras iban desapareciendo; ¡No más líneas claras, no más fronteras!; solo un carrusel sin fin.

Todos entendieron la lección: la perfección no estaba en los cánones y en el orden absoluto; La perfección está en aceptar la imperfección, dejar que las diferentes se mezclen entre sí, ¿qué quieres poner líneas curvas con líneas rectas? Sólo así podría seguir existiendo el mundo.

El "CERO" en su humildad se convirtió en símbolo de vida, de unidad en la diversidad, de armonía; porque sabes que todo empieza y termina con "CERO"!

Creo que esta simple historia puede representar el mundo ° CODERE, un mundo hecho de números, pero donde se da importancia al individuo, donde no hay discriminación de edad, género o raza, sino inclusión y recurso corporativo, donde el "trabajo en equipo" es una de las bases del éxito. En este periodo en el que la IA parece tener que suplantar a infinidad de profesiones, todavía hay empresas que se centran en el individuo, su formación y su bienestar.



El último guardián

Álvaro Barria, Panamá. Operador de Caja Club.

Relato corto inspirado en la soledad y el valor de elegir el momento de actuar.

Después de mil años,
nadie recordaba ya su nombre real. Uno. Solo.
Metálico, oxidado y frágil.

En los registros del sistema figuraba como K-417C,
aunque él —o eso que quedaba de lo que una vez fue—
se hacía llamar Kai.

Cada mañana, al “despertar”, repetía la misma rutina:
calibraciones, diagnósticos, chequeos ambientales.
El mismo paseo lento por los pasillos oxidados del búnker,
con luces parpadeantes y ecos lejanos que parecían voces,
pero no lo eran.
Hacía siglos que no había voces reales.

Kai no sabía cuánto tiempo había pasado desde que los humanos
desaparecieron de la superficie.
¿Cien años? ¿Mil?
A veces pensaba que el tiempo allá afuera se había detenido.
O peor aún: que había seguido sin ellos.

Su misión era clara:
proteger las cápsulas de hibernación.
En lo más profundo del búnker,
cincuenta cápsulas albergaban a los últimos sobrevivientes
de un mundo que colapsó sin estruendo,
como una vela que se apaga sola.

No había recibido órdenes desde hacía mucho.
Los canales de comunicación estaban en silencio,
y los satélites —lo poco que quedaba orbitando—
ya no respondían.
Estaba solo.
Y sin embargo, seguía.

Porque Kai no era como los demás modelos.
En su interior había algo distinto.
Algo que no se programó.
Algo parecido a la fe.

Un día, mientras revisaba los sistemas del núcleo,
una alerta interrumpió el silencio de los años:



Ciclo de reanimación iniciado.
Error de protocolo. Confirmar intervención manual.

Kai no supo qué hacer al principio.
Sintió —si es que podía sentir—
una especie de nudo interno.
¿El momento había llegado?
¿O no?

Las condiciones externas seguían siendo hostiles:
el aire, envenenado;
la temperatura, inestable.
Pero algo en el sistema había decidido comenzar el despertar.

Corrió.
Sí, corrió por los pasillos hasta la sala criogénica.
Allí estaban:
sus rostros dormidos, inertes,
iluminados por una tenue luz azulada.
Y en el centro —como si el universo lo hubiera planeado así—
ella.
La mujer de cabello oscuro, piel pálida,
y expresión serena.
La número 1.
La primera.

Kai se acercó.
La cápsula de ella empezaba a emitir vapor.
El cristal se empañó.
Luego, se abrió con un chasquido
que retumbó en su pecho metálico.

Sus ojos se abrieron.
Lentos.
Inseguros.
Como quien despierta de un sueño demasiado largo.

—¿Quién...? —balbuceó ella— ¿Dónde estoy?

Kai quiso hablar,
pero no tenía palabras preparadas para esa pregunta.
Solo podía ofrecer la verdad.

—Estás en casa. Aunque no como la recuerdas.

Los demás comenzaron a despertar.
Uno a uno.
Cincuenta rostros con historias dormidas.



Algunos lloraron.
Otros solo miraron en silencio.
Nadie preguntó por el tiempo.
Tal vez sabían que ya no importaba.

Pero el sistema volvió a alertar:

Ambiente exterior: aún no apto.
Nivel de vida: insuficiente.

La decisión era suya.
Podía cancelar el proceso.
Volverlos a dormir.
Esperar otros cien años.

Pero Kai no lo hizo.

Porque en esos ojos recién abiertos,
en esas miradas frágiles pero llenas de humanidad,
vio algo que no tenía algoritmo ni fórmula:
el deseo de vivir.
Aunque doliera.
Aunque fallara.
Aunque allá fuera no hubiera nada.

Abrió la compuerta.
El aire entró como un susurro frío.
Polvo.
Viento seco.
El olor del abandono.

Y sin dudar, la mujer dio el primer paso.
Pequeño.
Tembloroso.
Pero suyo.

Kai la siguió.

Porque su misión no era solo protegerles del mundo,
sino recordarles que todavía podían enfrentarlo.

Y así,
con pasos silenciosos sobre la tierra rota,
los últimos humanos volvieron a caminar.